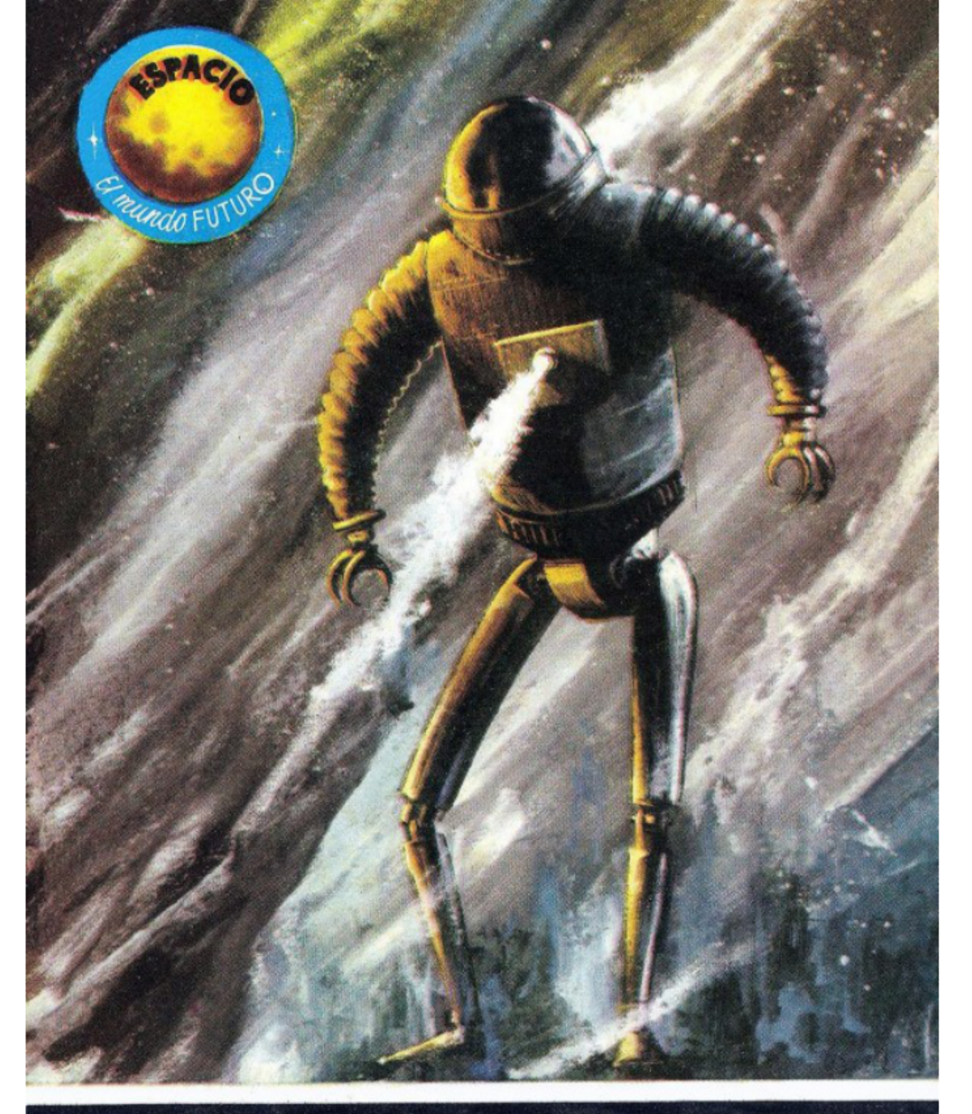
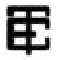


ROBOT

JOHNNY GARLAND

JOHNNY GARLAND

ROBOT



EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 5l-52
BARCELONA

Chorroarín, 1440. bis
BUENOS AIRES

Núm. de Registro: 4394 – 1963

Depósito Legal: B. 20828 -1963

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. Toray, S. A. - Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

PRÓLOGO

El Canal 19 de la Televisión Intercontinental dio la noticia.

Yo, hasta entonces, no había sabido nada. No había esperado nada. No había temido nada. No había sospechado nada.

Pero lo supe, más o menos, al mismo tiempo que todos mis hermanos. Era una hora de descanso, de paz hogareña. Creo que muchos millones de seres se hallaban ante el televisor de sus casas, cuando el cartón rojo, destilado exclusivamente a las noticias de máxima urgencia, apareció en la pantalla, con su llamada de alerta.

«Atención. Atención todos…»

Atendimos, naturalmente. Creo que atendíamos todos. El cartón rojo no había salido en la pantalla cromática desde las fechas de las inundaciones de los países del sur, o del estallido de aquel gigantesco meteoro en el norte.

Algo muy especial tenía que suceder para repetirse el acontecimiento. Pero, naturalmente, nadie esperaba que fuera precisamente aquello.

Y fue «aquello».

La cosa, naturalmente, tuvo su principio, su origen. Una base concreta, dramáticamente concreta, a la que muy pocos habíamos prestado la debida importancia, quizás porque, en vez de una psicosis colectiva de temor, vivíamos en un mundo dorado, apacible y tranquilo, sin inquietudes ni problemas.

Pero nuestras publicaciones, nuestras emisiones de noticias televisadas, habían insistido con frecuencia sobre un mismo tema, referido con palabras melodramáticas, que solo los chiquillos podían atender o admitir como ciertas:

—«Las apariciones de cuerpos extraños en el espacio, han aumentado últimamente en forma considerable. Se detecta la presencia de formas celestes desusadas, en torno al planeta. Y se

especula con la posibilidad de una invasión, interplanetaria, que sería belicosa, amenazadora. Quizás, en suma, la muerte para todos nosotros…»

Sí, era demasiado truculento. No podíamos tomarlo en serio. Y nadie lo hizo. Recuerdo que solamente el hijo de nuestros vecinos de Nivel Urbano me dijo una tarde, mientras sorbía golosamente un helado de frutos rosados:

—Ya verá usted, señor. Ya lo verá… Un día, el cielo se poblará de naves fantásticas, llegadas de otros mundos. «¡Pra-paratat-at-at-boom!» —su onomatopeya tuvo un sonido singularmente violento en los labios repletos de azúcar y hielo, para concluir misteriosamente, mirando a un lado y a otro—: Sí, señor, ya verá… ¡Ese día, invadirán el planeta, nos someterán como a esclavos, y dominarán la vida en todas nuestras ciudades, campos y pueblos!

Moví la cabeza con desaliento. No porque la hipotética «invasión» me asustara, sino porque me preocupaba la mentalidad de los jóvenes actuales. Aquel muchacho parecía saber de peligros espaciales mucho más que los expertos del Centro Intercontinental de Investigación del Espacio, y que los más calificados astrónomos y observadores de nuestro mundo: Así son los chicos…

Supongo que mi goloso vecinito debió de sentirse mucho menos sorprendido y más ilusionado que yo, cuando «aquello» ocurrió.

Después de todo, era lo que él preconizaba:

«Nos estaban invadiendo.»

Y, naturalmente, la invasión llegaba de los cielos. Del espacio exterior. De otro planeta que no era el nuestro.

También, desgraciadamente, tuve que dar la razón al pequeño profeta de Nivel Urbano en otro aspecto de la grave cuestión: nuestros «invasores» de otro mundo, no eran nada amistosos. No venían en son de paz.

Eran bestias, o quizás algo mucho peor, más sutil e inteligente que todo eso. Y venían a destruir, a matar, a dominar.

Todo eso es lo que supimos por la Televisión Intercontinental, Canal 19, aquella noche que nunca podré borrar de mi mente. Quizás porque fue la primera de una serie de noches terribles. Unas noches que, reunidas, podríamos citar tal vez como una sola: la Noche Larga de nuestro mundo…

«Atención. Atención, todos…», decía el rojo cartón en la pantalla

cromática del muro sur de mi estancia de descanso. Y, un momento después, el color cambió. Vi al fondo, como telón del locutorio, la bandera púrpura, amarilla y verde del Continente Nacional Oeste, con su plateado falconio de dos cabezas en el centro, aferrando en sus garras la Esfera achatada de nuestro mundo.

El presentador apareció ante el fondo de la bandera, con gesto particularmente grave. Hacía mucho tiempo que nadie le veía de aquella forma ante las cámaras. Esta vez tenía sobradas razones para ello.

—Mis queridos amigos —empezó diciendo, mirándonos directamente a todos. No importaba que no nos viese. Sabía que nosotros le veíamos a él. Y que, en un setenta a un ochenta por ciento de la población de cada ciudad y de cada zona habitada, estábamos pendientes de sus palabras, de sus noticias alarmantes—. Esta noche, el Canal Diecinueve suspende todos sus programas y emite este boletín de la máxima urgencia, con la noticia escueta que nos transmite la Agencia X-36-Xar. Procedemos a continuación a su lectura…

Carraspeó e hizo una pausa. Más dramática que ninguna otra pausa que jamás presencié. Me incliné hacia la pantalla gigante del muro, pendiente de la imagen tridimensional, cromática, perfectamente reproducida por la electrónica moderna. El locutor de la TV-Intercontinental, habló tras el silencio, con voz tensa. Estaba leyendo algo, un despacho escrito sobre cinta magnética sin duda:

—«Informes urgentes del Astro-observatorio Norte, informa que sobre la región polar cruzaron hace pocas horas formaciones de naves ovoides, a gran velocidad, y en sentido descendente. Informado el Ejército y la Fuerza Aérea, esta ha procedido a montar inmediatamente una barrera magnética, que fue rota y violada a la altura de los Canales S90-352 en su intersección Noroeste, por cuerpos detectados como «materias extrañas, de origen extraño, dirigidas por manos inteligentes».

El locutor de la televisión guardó silencio otra vez. Apenas cinco segundos, para continuar después, pasando a otro despacho:

—Respecto a lo sucedido, tenemos aquí un despacho urgentísimo de la Federación de Continentes, remitido desde el Control Aerotécnico de Ciudad 40, a la altura de la intersección de

los Canales 890-352, anteriormente citados en la violación del espacio. Ese despacho dice escuetamente: «Ciudad 40, parcialmente destruida por violento ataque termonuclear aéreo. Naves desconocidas, de origen extraño, que evolucionan perfecta y coordinadamente. Resta escasa porción indemne de la ciudad. Hemos recibido orden de rendición, en lenguaje electrónico de simple traducción. Parecen saber bastante sobre nosotros. No nos hemos rendido todavía. Pero se han perdido millones de vidas, y la situación es angustiosa. No sabemos qué sucederá…»

Dramáticamente, el locutor dejó de informar. Apretó los labios con energía. Volvió a miramos, a través del infinito e invisible mundo de las ondas electrónicas. Y luego, con ademán brusco, sus manos tomaron otra cinta. Creo que entonces palideció tan intensamente, que el color de la pantalla televisora sufrió un brusco cambio. Y leyó glacialmente:

—Nuevas informaciones, amigos. El Gobierno Central ha enviado radiogramas de máxima urgencia a Ciudad 40. Desgraciadamente, el silencio es total. No responde nadie. Suponemos… que la ciudad ha desaparecido. Que nadie queda allí con vida para atender la llamada…

Y casi inmediatamente, la noticia siguiente. Cada vez más tensa, más patética, más en aquella alucinante carrera, «in crescendo» hacia una culminación escalofriante, que nadie podíamos imaginar:

—Informes del Gobierno Central de última hora, emitidos por el magnetógrafo especial del Estado Intercontinental. Leo escuetamente su texto. No sé qué comentar, y creo que entenderán lo que siento en estos momentos: «Gobierno Central informa. Ciudad 40, al parecer aniquilada. Recibimos llamada de socorro de Ciudad Dos. La segunda capital del planeta, en inminente peligro. Se han detectado naves extrañas tripuladas de origen desconocido, navegando por la Coordinada 7S9, desde Ciudad 40, hasta Ciudad Dos. Fuerzas militares de todas las armas, en estado de alerta. Seguiremos informando. Manténgase todos, absolutamente todos, ante sus televisores o fonoinformadores privados, que emitirán las mismas noticias constantemente, durante todas las horas del día y de la noche. Si las noticias alarmantes siguen confirmándose, en las próximas horas se movilizará a todo el planeta…»

El locutor del Canal 19 soltó la cinta magnética. Se enjugó el

sudor sin disimulos. Y, clavando la mirada en el ojo de la cámara, que era como mirarnos a todos a los ojos directamente, manifestó roncamente:

—Eso es todo, amigos. Y creo que es suficiente. Ya han oído instrucciones. No se aparten de los receptores. No se muevan. Por nada ni por nadie. Es una orden superior, una emergencia increíble. Estamos siendo atacados desde el espacio exterior, por no sabemos qué poder planetario. Las próximas horas pueden ser funestas… decisivas para nuestra existencia. Hasta ahora mismo, amigos.

Se apagó la imagen en el televisor. Apareció una imagen estable: el escudo internacional, con los símbolos planetarios. De fondo, una música vibrante, militar, a base de marchas.

Era un simple compás de espera, un hueco que se llenaba de aires marciales, en espera de noticias que, en modo alguno, podían ser confortables ni tranquilas. Ya se había definido el clima, como de total, rabiosamente bélico. No importaba con quién o con qué. Había naves ajenas a nosotros, tripuladas por seres que no eran de nuestro mundo. Yo no podía saber de dónde procedían. Seguramente, nadie lo sabía, ni siquiera las autoridades militares, ni el Gobierno Central, ni los Estados Federados.

Pero todos sabíamos ya que había un enemigo brutal, inexorable, violento, demoledor. Un enemigo que no era el visitante de paz prescrito por los profetas de nuestra ciencia, sino el destructor, el invasor virulento, previsto por la fantasía imaginativa de los muchachos que leían relatos de aventuras, o los seguían en el Canal Dos, destinado a tales entretenimientos.

El enemigo ya estaba allí. Nos destruía, nos atacaba Había sido ya la Ciudad 40, una metrópoli vulgar, como tantos otros centenares de ellas en toda la superficie de nuestro mundo. Ahora, sería acaso la Ciudad Dos. Luego…

Luego… ¿qué? ¿Quiénes?

Me incorporé, dejando mi bebida fresca, donde flotaban las tiras de hielo natural producidas por mi frigi-bar. Ya ni siquiera tenía sed, sueño o apetito, a pesar de que no había cenado todavía. Imaginaba que mucha gente se hallaría en mis mismas circunstancias. Mucha gente vulgar, mucha gente normal, ciudadanos grises, sin nada peculiar en su vida ni en su apariencia.

Solo que yo… yo no era normal. No era como los demás.

Entre ellos y yo, había una diferencia. Una leve, singular diferencia que nadie era capaz de observar a simple vista.

Pero yo la conocía. Era quizás el único en conocerla. Una peculiaridad, la mía, nada fácil de hallar entre la gente de mediana inteligencia y reacciones perfectamente normales.

Llegué hasta el gran ventanal asomado a la ciudad luminosa, radiante, con sus altos edificios de duraluminio recubierto de plástico, ligero y a la vez poderoso, con sus hileras de galerías, de ventanales y terrazas o azoteas voladizas, asomadas al vacío, por encima del entrañado fulgurante de la urbe, cuajada de luz de vida.

—¿En qué piensas, Kwor?— me preguntó alguien a mi espalda.

Me volví. Miré a la hermosa que aparecía en la puerta de la estancia, y me contemplaba con fijeza, con ojos profundos, cálidos e interesados a la vez.

—En muchas cosas —dije lentamente.

—¿Y concretamente, Kwor?— sonrió ella con tristeza, con cierta luz mortecina y preocupada en sus ojos del color de los mares profundos.

—En la televisión. En lo que han dicho —musité lentamente.

—Ya —ella suspiró, inclinando la cabeza de pelo plateado. Le oí decir—: Es horrible, sí… Pero ¿qué puede importarte eso a ti, Kwor?

—¿Y por qué no habría de importarme?— musité, ofendido, irguiendo la cabeza y manteniendo su mirada.

Ella me miró. Casi con pena. O con simpatía, no sé. Luego, avanzó unos pasos hacia mí. Pasos leves, ligeros. Se paró en medio del negro suelo espejeante que reflejaba nuestras figuras, los muebles livianos y estilizados, las luces indirectas y suaves, en contraste con las salpicaduras cromáticas del exterior.

—Porque a ti, Kwor, nada debe importarte —murmuró ella con lentitud.

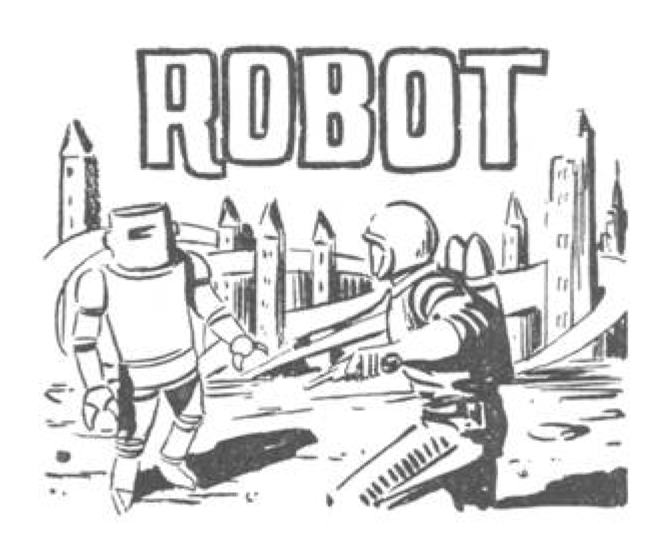
—A mí no… —dije amargamente—. Solo a mí, ¿no es cierto?

—Sí, Kwor. Hazte a la idea —murmuró ella con una sonrisa—. Después de todo…

—Después de todo… ¿qué?

Ella me respondió. Yo esperaba esa respuesta. Es más, sabía cuál iba a ser. A pesar de ello me dolió. Me dolió mucho, en labios de ella:

—Después de todo, Kwor… tú no eres uno de nosotros. No eres un ser normal, entiéndelo. Eres… eres un muñeco, un simple robot…



PRIMERA PARTE

Capítulo primero

LOS INVASORES

SATISFECHO Zoy se volvió. Una sonrisa amplia iluminaba su semblante.

—Lo estamos logrando, comandante. Va a ser fácil. Muy fácil, conquistar este lugar…

—No estés seguro nunca de las apariencias, Zoy —cortó la voz del comandante con firmeza—. A veces, uno puede cometer graves errores de apreciación, llevado por el optimismo.

—¡Toda la ciudad ha sido fácilmente aniquilada! ¿Cabe mayor facilidad? Ni una sola baja entre nosotros. Somos superiores…

—Hasta el momento, sí. Pero solo hasta el momento.

—¿No va a continuar el éxito, comandante?

—Pretendemos que así sea, Zoy. Si lo alcanzamos, se demostrará que somos superiores, que podremos conquistar cuantos mundos

habitados existan.

—¡Amos del Universo, señor!— se entusiasmó Zoy.

—No, Zoy— meneó el comandante la cabeza—. Solamente amos del Sistema Solar… por el momento.

—Me asombra que sea tan humilde, tan modesto, comandante. ¡Esta es una gran victoria! El Gran Xeram se sentirá muy feliz cuando sepa el curso de las operaciones bélicas sobre este planeta…

—El Gran Xeram… —repitió con lentitud el comandante—. No sé, Zoy…

—¿Le ocurre algo, señor?— se inquietó el aludido, al advertir el gesto de su jefe.

—No, no es eso. Simplemente, pensaba en el Gran Xeram, nuestro amo y señor.

—El más grande y más digno de respeto, ¿no es cierto, comandante?

—Oh, tal vez sí —el comandante se movió por la cabina. No parecía realmente feliz por el curso de los acontecimientos, a pesar de su signo netamente favorable—. Pero…

Zoy parpadeó. Un «pero», en ese sentido, resultaba casi una blasfemia. La más terrible ofensa que se podía inferir al Gran Xeram. Y nadie era más grande, notable y poderoso que el Gran Xeram.

—¿Qué pretende decir con eso, señor?— preguntó Zoy, atónito, casi escandalizado.

—Nada, mi leal Zoy —suspiró el comandante—. Tampoco lo entenderías si te lo dijera. Creerías que estoy loco. O que soy un insensato.

—La grandeza del Gran Xeram está por encima de toda duda. ¿O acaso no es así, comandante?

—Para vosotros, la gente sencilla, es posible que sí —el comandante meneó la cabeza—. Yo… tengo dudas.

—¡Señor!

—No puedo evitarlo, Zoy. Considero que nuestra grandeza es ya como una ofensa al mismo Creador. El Gran Xeram quiere ser el amo de todo.

—Y lo está logrando, comandante —replicó Zoy,

—Lo está logrando, sí. ¿A qué precio? A uno muy alto: destruir, matar, aniquilar… Como si los demás seres no fuesen también

dignos de seguir viviendo.

—El más fuerte impone su ley, señor. Usted, como jefe militar de las Legiones Cósmicas del Gran Xeram, sabe eso mejor que nadie. Así, somos los amos de los mundos por los que pasamos…

—Sí. Somos como un soplo de muerte. Invadimos por la violencia. Jamás concedemos al invadido el derecho a discutir su suerte, a parlamentar, a una rendición honrosa. O a un pacto de mutua ayuda para la grandeza de los pueblos siderales. No, Zoy. En vez de eso… ¡destruimos!

—Es la orden del Gran Xeram.

—Sí. Es la orden, Zoy. Tú lo has dicho. Una orden cruel, violenta, injusta. Hay que acatarla, pero yo lo hago con repugnancia. Para mí, el Gran Xeram es un gran caudillo, no hay duda. Pero nada más. No es noble, no es justo, no crea, sino que destruye. Y por el camino de la destrucción, se llegará al final de los tiempos, al final de la vida inteligente en los mundos habitados.

La blasfemia ahora, era total. Incrédulo, Zoy contempló al cansado militar que se retiraba hacia el fondo de su nave espacial, a descansar tal vez de la fatiga de tanta lucha, de tanto vuelo cósmico, en pos de la conquista de los mundos inferiores que poblaban los sistemas solares conocidos.

Zoy se quedó solo. Vacilante, indeciso. Luego, una expresión terrible, colérica, asomó a sus ojos. Caminó hacia el cuadro de mandos de a bordo. Se acomodó ante ellos. Accionó unos resortes, graduó unos indicadores, giró unos botones con firmeza.

En una pantalla circular, convexa, apareció una imagen televisada desde su mundo de origen. Una voz acompañó a la imagen:

—Torre Central del Gran Xeram. Informe.

—Q-3-Y-2 informa —recitó Zoy—. Q-3-Y-2 informa.

—Adelante. Informe. Cámara personal del Gran Xeram a la escucha.

—Q-3-Y-2 informa urgentemente. Comandante Takk, rebelde. Insultos y comentarios despectivos hacia la persona el Gran Xeram. Comandante Takk desleal a la disciplina del Sistema. Peligro de corrosión en combatientes, si el comandante Takk sigue extendiendo sus ideas subversivas.

—Espere, informante. Gran Xeram será directamente informado

de la gravedad del problema…

Un silencio. La figura de su interlocutor desapareció de la pantalla televisora del Canal Remoto. Luego…

La figura reapareció. La voz habló escuetamente:

—Gran Xeram informado. Gran Xeram da orden concreta: muerte.

—¿Muerte?

—Muerte para comandante Takk. Ejecución ordenada personalmente por el Gran Xeram.

—Se realizará. ¿Hoy mismo?

—Ahora. Tú, Q-3-Y-2, debes ejecutarla.

—Lo haré —dijo Zoy con orgullo—. ¿Quién suplirá al comandante en la jefatura de la Legión Cósmica Número Uno?

—Tú.

—¡Yo!— parpadeó Zoy, con expresión ávida.

—Es orden del Gran Xeram —repitió, monocorde, su lejano interlocutor—. Que así se cumpla todo. Orden de nombramiento oficial para ti, Zoy, será cursada por cosmocable especial. ¡Ejecuta a Takk!

—Eso está hecho —Zoy, malignamente, se incorporó. Una gran satisfacción le invadía. La muerte del comandante, significaba, a la vez, su encumbramiento. No vacilaría en matar a Takk. Él nunca vacilaba en matar, si la orden venía del Gran Xeram. Ninguna orden del Gran Xeram dejaría de ser cumplida ciegamente por Zoy. Ni siquiera aquella de matar al que le creía leal hasta el límite.

Cerró el contacto. Avanzó hacia la cámara del comandante. En su expresión, asomó la muerte.

Iba a cumplirse la sentencia.

La Legión Cósmica de los invasores tendría pronto otro jefe. El Gran Xeram siempre eliminaba al que era un peligro para la disciplina implacable del Sistema…

* * *

La invasión continuaba.

La Ciudad Dos fue aniquilada en la madrugada que siguió al alarmante informe de la televisión. No murieron cobardemente, esa es la verdad. Supieron morir como héroes.

Pero eso no confortaba mucho a nadie. Los últimos boletines de madrugada, emitidos por el servicio constante de la TV, en su Canal 19, fueron desalentadores y terribles:

—La Ciudad Dos no responde. Sus emisoras de radio, sus visoteléfonos y todas sus comunicaciones, están en silencio. Debemos deducir que un nuevo desastre ha caído sobre el planeta. Ya son dos las ciudades destruidas por el invasor, cuya ferocidad parece ir en aumento…

Luego, cosa de media hora más tarde, el nuevo boletín puso un escalofrío en todos cuantos lo escuchaban:

—¡Atención, atención! ¡Los invasores se mueven hacia la capital, según datos urgentes del sistema de detección! ¡El Gobierno Central ordena la inmediata movilización de todo ciudadano apto para luchar! Las barreras magnéticas de la Ciudad Uno serán reforzadas al máximo, y flotillas de aeronaves y redes invisibles repelentes entrarán en acción. Pero no podemos responder de la garantía de tales medidas. El poder de la fuerza invasora es muy grande. ¡Atención todos! ¡Permanezcan en guardia constante, a la espera de lo peor, que puede suceder en las próximas horas! El Gobierno no abandonará la capital, en tanto no sea absolutamente necesario, para permanecer al lado de su pueblo en esta lucha…

Era el caos. Lo temido. Gentes despavoridas se lanzaron fuera de las viviendas centelleantes, invadiendo las calles, iluminadas artificialmente por proyectores de luz solar condensada.

La capital era la urbe más fuerte y mejor guarnecida de todo el planeta. Allí, todo el complejo sistema nervioso de la civilización, ahora en peligro, tenía su centro, su punto vital. Allí, energía eléctrica, potencia nuclear, sistema de Gobierno, tropas y naves, armamento y víveres, talleres y laboratorios, industrias y comercios, formaban un conglomerado vivo, palpitante.

Si la capital caía, sería el principio del fin. Para todos.

Una psicosis de terror, de angustia, de inquietud y de febril actividad, se apoderaba de todos. Los fonoinformadores emitían por todas las calles, avenidas, azoteas voladizas, puentes, turbovías, aeropistas y armamento que distribuirían fuerzas especiales del Ejército, y después, una vez armados, para que ayudasen a levantar muros, a instalar controles, a montar barreras magnéticas, y todo cuanto pudiera retrasar y dificultar la acción agresiva del enemigo

ignorado.

La invasión de los asesinos, llegados del espacio, llegaba a su punto álgido. A su encrucijada fatal. La lucha, ahora, sería decisiva. Por la vida o la muerte del planeta.

Todos lo sabían. Todos iban a luchar con esa convicción.

El terror se acercaba. Lo presentían, podían casi percibir su paulatina aproximación, pese a que los potentes reflectores aéreos y los formidables sistemas de detección magnética no acusaban aún la presencia de otra cosa que las aeronaves locales, planeando sobre la ciudad, en pie de guerra.

Cada casa, cada familia, cada ser era como una pequeña fuerza heroica, dispuesta a morir luchando. Los ojos de hombres y mujeres, de muchachos y de ancianos, se dirigían inevitablemente hacia el cielo tachonado de estrellas. Escudriñaban sus negruras o taladraban sus brumas grisáceas, muy altas sobre el planeta.

Esperaban…

Y todos esperaban lo peor.

Todos. Incluso un «robot», como Kwor.

Incluso un hombre de fe, como Draco…

Capítulo II

DRACO

ERA arrogante y hermoso, fuerte e inteligente. Hubiera podido parecer un mítico ser del Olimpo, pisando tierra firme.

Draco Tawr era uno más entre los que, febrilmente, disponían sus defensas contra el terror llegado del espacio exterior.

Ella le ayudaba. Era tan hermosa como él. Poseían una belleza, masculina o femenina, digna de una leyenda épica.

Pero eso no parecía importarles mucho. Ni a ellos, ni a nadie. Ahora nada importaba, salvo la pugna por sobrevivir al caos.

—¿Servirá de algo todo esto, querido?

Draco alzó la cabeza. Su pelo azul destelló violentamente. Los oscuros ojos, de reflejos plateados, se clavaron en ella. Se encogió de hombros antes de responder con simplicidad:

—No sé, Alpha. Nadie puede saber eso…

—Draco, tengo miedo…

—Todos tenemos un poco de miedo —sonrió él—. Procura disimularlo, querida.

—¡No puedo! Y no me importa lo que piensen de mí. Estoy asustada.

—Los demás lo están también, Alpha. No te pido que lo ocultes por lo que puedan decir de ti, sino por inculcar ánimos a los demás. Cuantas menos personas revelemos miedo, tanto mejor. Es indispensable mantener nuestra presencia de ánimo.

—Draco, si supiera que, al menos, existe una posibilidad…

—Siempre; existe una posibilidad —Draco probó el contacto electromagnético. Una red de luces fluorescentes titiló allá, por

encima de sus cabezas, donde no parecía haber nada. Asintió, satisfecho—: Esto funciona, Alpha.

—¿Y servirá de algo?

—Servirá para detectar al enemigo. Y para protegernos de un ataque directo en los primeros momentos. Forma una especie de barrera invisible, que desvía proyectiles de cualquier especie. Pero, naturalmente, ellos parecen tener armas capaces de perforar estas barreras. Lo harán en cuanto comprueben su grado de resistencia. Es, simplemente, para ganar tiempo.

Ella no dijo nada. Llegó hasta él, apoyó sus manos contra el torso de Draco. Le miró a los ojos, con sus pupilas claras y límpidas, de radiante belleza.

—Draco, ¿me amas? —musitó.

—Naturalmente —sonrió él. La aproximó más a sí, y besó sus labios carnosos, frescos y húmedos—. Te amo, Alpha. Ahora más que nunca. Y temo por ti, no por mí.

Permanecieron así unos momentos. Pegados el uno al otro. Alpha parecía buscar para sí la formidable fortaleza del tórax de Draco Tawr, su esposo.

—Si al menos podemos permanecer unidos… hasta el último instante —murmuró la joven—. Morir es algo espantoso. Pero a tu lado resultaría más llevadero, más confortante…

—No pienses en eso, Alpha. Saldremos con vida, ya lo verás… Ten fe, como yo la tengo.

—No puedo, Draco. No puedo tener fe, y lo siento. Es… es este clima de terror que se respira por doquier, esa sensación de locura colectiva que se ha apoderado de todo el mundo. Llega a calar tanto en el espíritu de una, que sientes la terrible sensación de que todo cuanto hagas por sobrevivir es inútil. Como le sucedió a esa pobre gente de Ciudad Cuarenta, de Ciudad Dos…

—Olvídalo, querida. Si todos pensáramos así, ¿qué espíritu, qué afán de lucha tendríamos? —meneó la cabeza, y la miró, alentador, oprimiendo con firmeza sus hombros—. Vamos, querida. A seguir la tarea. ¿Está bien aislada la casa del exterior? ¿Has establecido el circuito eléctrico protector?

—Sí, querido.

—¿Y los niños?

—Están dentro —suspiró ella suavemente—. Allá dentro, en la

cámara central. Los acompaña Kwor.

—El bueno de Kwor… —sonrió Draco con ternura—. ¿Sabes, Alpha? A veces, uno piensa que ni siquiera es un robot, una máquina perfecta, fingidamente real en su plástico y sus mecanismos, en sus pilas solares y en su circuito electrónico interior. Kwor, a veces, tiene reacciones humanas. O lo parece…

Alpha asintió también con expresión entre pensativa y afectuosa.

—Si le hubieras visto escuchando los boletines de la TV… Parecía como si sintiera en su pobre carne artificial todo el horror de las noticias.

—Los «robots» actuales son muy perfectos, Alpha. Y, a veces, hasta una máquina puede hacerse acreedora a un cierto soplo de humanidad…

Ella alzó con miedo la cabeza, al sentir muy próximo el zumbido de unos reactores vertiginosos. Se estremeció. Una centella de luz silbó sobre los altos edificios de brillante superficie…

—No temas —sonrió Draco—. Era una de nuestras naves, en vuelo de patrulla.

—Dios mío… Por un momento pensé…

—Sí, ya te entiendo. Deja de obsesionarte con eso. Piensa que han de ser criaturas inteligentes, vulnerables como cualquier otra forma de vida de los espacios siderales. No pueden ser dioses ni demonios.

—¿Qué serán, concretamente?

—No sé. Tal vez personas, seres como nosotros.

—¿Como nosotros? ¡Oh, no, Draco! ¿Cómo se te ocurre algo así?

—Es una idea que me ha asaltado. ¿Por qué imaginar que son monstruos o bestias informes? Nuestro mundo no será el único en el Universo, en la Galaxia, quizá ni siquiera en el Sistema Solar, que posea una vida inteligente, humana y civilizada.

—Aun así, no creo que sean hombres. No podrían ser tan crueles.

Draco rio, burlón. Alpha, su bellísima y joven esposa, le miró, con estupor, como dolida de esa reacción de hilaridad en él.

—¿Por qué ríes, querido?

—Porque pensaba en lo que fuimos antes, en los inicios de nuestra vida sobre nuestro mundo. Éramos crueles, cariño. Muy crueles. La vida no siempre ha sido fácil ni ordenada. Hubo tiempos

en los que el hombre tuvo que luchar contra demasiados obstáculos para ser como es ahora. Entonces la crueldad, la violencia, la fuerza primitiva eran los factores que importaban. Y el ser humano demostró que era capaz de albergar una dosis infinita de maldad y de furia dentro de sí…

—Eran otras épocas.

—Sí, eran otras épocas. Sin embargo, el ser viviente es siempre el mismo. Solo que se adapta a las circunstancias. Voluntaria o involuntariamente. Ellos pueden ser como nosotros. Pero desean destruir, aniquilar. Y lo hacen, con mayor ferocidad que las bestias salvajes de las grandes selvas y de los llanos desérticos.

Los ojos de Alpha escudriñaron las tinieblas del cielo, como si pretendieran llegar muy lejos. Más allá, tal vez, de las propias estrellas. Más allá, donde un mundo anónimo, ignorado, había sido el punto de partida de los atacantes, el origen de aquel horror actual en un mundo pacífico, civilizado, trabajador y noble.

—¿Qué planeta, qué mundo, qué gentes y qué lugar en el espacio será el que nos envía hoy este Apocalipsis, Draco?

—Solo Dios lo sabe… Dios y ellos.

—«Ellos»… —Alpha se mordió el labio inferior, con angustia—. «Ellos»… ¡Oh, cómo los odio, sin haberles visto todavía! Pensar que todos, incluso nuestros hijos, pueden morir bajo ese azote maldito…

—Calma, amor mío. Mucha calma. Vamos a necesitarla a partir de ahora, más que nunca…

Acarició los cabellos de la muchacha, que estaba a punto de sollozar.

Ocurrió súbitamente.

Fue un aullido metálico, prolongado. Grandes ojos de luz roja florecieron por doquier, inundando las calles de una claridad escarlata, sanguinolenta.

Con un leve grito, mortalmente pálida, Alpha levantó los ojos. Crispó de tal modo sus dedos sobre los duros músculos de Draco, que este sintió sus uñas penetrando, en la carne maciza.

—¡Draco!— jadeó ella—. ¿Es…?

—Sí —asintió él, solemne, sombrío, pero lleno de entereza—. Es la alarma. Tenemos al enemigo cerca de la Capital. Ha sido detectado ya…

* * *

Era el principio. O el fin.

—La alarma…

Kwor, el «robot», contempló la roja luz circular, parpadeando en todos los muros y puertas de la casa. Sabía lo que era. Su fina sensibilidad de electrones, antenas, cables, válvulas y circuitos eléctricos, decía a su mente automática que había llegado el momento terrible.

Bajo la epidermis plástica, de materia cauchutada, flexible, increíblemente parecida a la carne humana, con su color, apariencia y movilidad, los sistemas electromagnéticos funcionaban con una regularidad y precisión fabulosas. Eso hacía de los «robots» de la época auténticos servidores leales, ayudantes magníficos y amigos dignos de toda confianza. Sin apariencia metálica, sin rostro espantable, sin la menor diferencia aparente con los auténticos humanos.

Y, de entre todos los «robots», como dijera Alpha, ninguno como Kwor, obra de la habilidad electrónica de un notable experto en la materia: Draco Tawr, su amo.

—Tawr, ¿qué sucede?

—Sí, ¿por qué estás aquí con nosotros?

Kwor miró a los dos niños. Al muchacho y a la pequeña. La parejita de los Tawr. Los hijos de Draco y de Alpha. Dos criaturas inteligentes y hermosas. Parecidos a sus padres, en una reproducción a escala reducida.

Les sonrió con dulzura. Kwor sabía sonreír siempre con dulzura. Particularmente a los niños. Y ellos captaban esa dulzura en toda su intensidad y significado.

—No es nada —mintió suavemente—. Hay un ejercicio esta noche en las calles. Es todo.

—¿Un ejercicio? ¿De qué clase?— preguntó el pequeño—. ¿Deportivo?

—En cierto modo, sí. Ejercitan la habilidad y rapidez de las gentes en defender la ciudad, por si un día alguien nos atacara.

—¿Defender la ciudad?— la niña se puso en pie en su lecho, mirándole con ojos enormemente abiertos—. ¿Para qué, Kwor?

—Bueno, siempre puede haber alguien que quiera atacarnos.

Hay que saber defenderse, en casos así.

—Y ¿quién iba atacamos? —demandó el chico.

—Hacéis demasiadas preguntas —Kwor hizo un gesto serio—. Vamos, a dormir.

Rieron los chicos, sin tenerle el menor miedo. Ellos sabían que él era una delicada máquina, envuelta en una sólida, fuerte y elástica caparazón de aspecto humano. Sin embargo, habían aprendido a tratarle como algo más que un prodigioso juguete. Para ellos era algo humano. Su forma de razonar, pensar, responder y obrar, completaba la ilusión. Kwor era su amigo, no servidor autómata.

—No tengo sueño —dijo la niña, pero con un bostezo delator—. Háblanos, Kwor.

—No hablaré —negó él, preocupado por lo que podría suceder ahora—. Dormid o me enfadaré.

—Nunca te enfadas, tío Kwor —replicó el muchachito.

Kwor sonrió. Le gustaba que le llamaran «tío Kwor», y era como considerarle un ser viviente, perfectamente humano. Se incorporó. Fue a los muchachos y les acarició, pero obligándoles a acostarse de nuevo.

Apenas un momento más tarde ambos dormían. Su curiosidad era mucha, pero su sueño también. Kwor les contempló con afecto. Luego su mirada preocupada fue a las luces rojas, que parpadeaban con intensidad.

Comprobó que la cámara estaba herméticamente cerrada, y el compartimiento de vacío, en torno, perfectamente dispuesto. Aislado del exterior, Kwor cuidaba de los hijos de Draco y de Alpha.

Hubiera querido poner la TV para ver lo que sucedía en el exterior. Pero no se atrevió. Podía despertar a los niños…

Volvió a sentarse. Él no podía experimentar el miedo.

Pero, mirando a los niños, casi experimentó una sensación muy similar…

* * *

—Control Tres —informó un altavoz en las iluminadas avenidas, estas iban quedando apagadas, para quedar solamente bañadas en una claridad infrarroja, visible solo con las gafas infrarrojas que todos se iban aplicando ordenadamente. El altavoz siguió:

—Control Tres informa: las flotillas enemigas siguen avanzando sobre la ciudad. Disponen de seis minutos, si mantienen su velocidad y altura…

Seis minutos. Solamente eso… y la batalla empezaría.

Alpha, desde detrás de su pequeño cañón electro-corrosivo, apuntado a las alturas, miró a Draco, erguido junto a otros cientos de hombres dotados con fusiles termostáticos, del máximo calibre y alcance.

—Suerte, querido… —pareció decirle con un gesto de sus dedos.

—Suerte, mi amor —pareció responder él, con una inclinación de cabeza.

Silencio, tensión, espera angustiada. Luego…

—Control Dos —dijo el altavoz—. Ya llegan… Solo cuatro minutos…

La angustia creció de punto. Las manos se crisparon sobre las armas. Las últimas luces normales de la ciudad se extinguieron, allá en los suburbios. Los acuataxis de los Canales dejaron de brillar como orugas de luz sobre las aguas.

Arriba, sobre las casas sin ventanas iluminadas, los reflectores se entrecruzaron en un tejido siniestro e inquietante. Una tensión en aumento constante iba apoderándose de todos. Las pupilas dolían, de tanto fijarlas en el negro cielo o en los detectores colocados en los muros de las casas, cuyos puntos de luz azul iban aproximándose a una línea luminiscente roja: la de Seguridad Urbana.

—Control Uno… —refirieron los altavoces de la gran Capital del Continente Nacional Oeste, máximo núcleo habitado y civilizado del planeta—. Solo dos minutos, quizá menos. Al parecer, las naves aceleran. Van sobre la ciudad, pierden altura…

Hasta la respiración se contenía en calles, avenidas, galerías aéreas, puentes voladizos, terrazas, puntos de observación. Ni un ruido rompía el pavoroso silencio de la gran urbe al acecho.

Casi doce millones de seres aguardaban, contenían el aliento, pulsaban los resortes de disparo, ansiosos de presionarlos. Temerosos, a la vez, de que la historia se repitiese y, a la nueva luz del día, la Capital fuese un montón de ruinas, de cadáveres, de muerte…

—¡Atención, atención!— susurraron los altavoces por doquier,

en aquel alucinante, rígido, silente clima de angustia y de impaciencia—. Atención… Las naves están ya muy cerca. Aceleran más y más… ¡Van a atacar en los próximos segundos!

* * *

El comandante Zoy rio burlonamente. Se inclinó sobre el visor y las pantallas de radar.

—Vamos ya —señaló—. ¡Al ataque, muchachos!

Las astronaves iniciaron un picado vertiginoso, delirante, hacia las brumas que rodeaban aquel planeta.

Zoy, satisfecho, se echó atrás, con una sonrisa siniestra.

—¡Lo destruiremos todo!— jadeó—. ¡Morirán esos rebeldes que se creen héroes!

Estaba dispuesto a demostrar que, en comparación a él, su anterior comandante había sido un mal jefe, un torpe militar. Ahora Zoy era el comandante nombrado especialmente por el Gran Xeram. No importaba que el cadáver del comandante estuviera aún sin enfriar, tras la «ejecución» sumaria, dictada por el Sistema y su suprema cabeza rectora. Una muerte nunca importó demasiado al Gran Xeram, ni a los seres como Zoy, el servil, el ambicioso, el despiadado.

—La ciudad está bajo nuestras naves, señor —informó la voz de uno de sus pilotos, a través del receptor de radiotelevisión aérea—. ¿Qué hacemos?

—Planead. Descended cosa de mil pies más —ordenó Zoy—. Luego dadme los datos sobre la magnitud y frecuencia de las barreras magnéticas que intenten protegerla. Entonces resolveremos la forma de ataque, y la fuerza de las olas rompientes que abrirán las primeras brechas.

—A la orden, señor.

Una mueca de triunfo se dibujaba en sus labios de Zoy. Aquello era una victoria, iba a ser una victoria… y él lo sabía. La tercera ciudad del planeta que desaparecería virtualmente, aniquilada por sus armas.

Y esta vez era la Ciudad Uno. La Capital del mundo invadido…

Pocos instantes más tarde, le daban los datos requeridos. Un rápido cálculo de Zoy, sobre los tableros magneticoelectrónicos, le

dio las cifras requeridas.

Leyó en voz alta:

—Once… Veintiocho… Ciento noventa y dos con seis décimas… Mil noventa y uno…

Los datos pasaron a otro coordinador. Aquél le dio matemáticamente la cifra exacta de la frecuencia e intensidad de la barrera magnética que debían combatir. Zoy se limitó a tomar de nuevo el emisor de interradiovisión y ordenó:

—Atención todos… Atención todos… Os habla vuestro comandante. Dirigid los rayos antimagnéticos con la frecuencia siete-tres-once, y la intensidad uno seis-dos. ¿Enterados?

—Enterados, comandante —fueron respondiendo todos, con singular unanimidad.

—Bien. ¡Adelante, entonces! —Zoy apretó los labios, con un centelleo maligno en sus ojos—. ¡Destruid! ¡Tirad a matar siempre que sea posible! ¡Aniquiladlo todo, es la orden del Gran Xeram! ¡Pronto, muchachos! ¡Nosotros, los hombres del planeta Tierra, hemos de aniquilar a los habitantes de Marte!

Y Zoy, nuevo comandante de las fuerzas cósmicas de la Tierra, se lanzó con sus naves al ataque de la infortunada comunidad de Marte, condenada a morir bajo el criminal atentado espacial…

Capítulo III

APOCALIPSIS


ILENCIO…

Un silencio terrible, profundo, infinito. Un silencio que solo pudo existir antes. Antes de la Creación, antes del Génesis…

El Silencio. Porque solo podía existir un silencio así; con mayúscula; un silencio eterno y aterrador.

Era la muerte, el fin, la nada. La Muerte, el Fin, la Nada…

Parecía algo vacío, sin sentido. Pero tenía demasiado sentido; demasiado contenido. Aunque todo significara lo mismo: *nada*…

Kwor, aturdido, parpadeó. Sus ojos de plástico vítreo, se movieron dentro de las órbitas de plástico. Miró las luces rojas, ahora apagadas. Abrió la pantalla de televisión, tras una espera vacilante. Giró el botón selector de canales. Nada. En ningún canal…

Se apartó de la televisión, apagando el flúor azulado de su pantalla tridimensional y policroma. Miró de soslayo a los niños. Draco y Alpha Tawr, *júniors*, dormían apaciblemente. Sonrió, sin poder quitar de su rostro artificial, prodigiosamente idéntico al de cualquier ser humano, aquella sombra de preocupación, de inquietud, de angustia.

Allá fuera el silencio continuaba. Como algo tangible, ominoso, cruel inclusive…

Ellos nada sabían, nada había entrado en sus mentes infantiles. Era mejor así. No se habían despertado cuando allá afuera rugieron las armas térmicas, los proyectiles nucleares. No habían sido arrancados de su sueño por los temblores del suelo, por las sacudidas de los muros, por los estruendos, aislados por la cámara de vacío.

Todavía eran niños. Solo que Kwor no sabía si lo seguirían siendo por mucho tiempo. Aquel silencio de allá afuera excitaba sus células electrónicas con fuertes dosis de inquietud y de recelo. Posiblemente, la muerte total se abatía ya sobre ellos. Sobre todos los habitantes del civilizado planeta Xeknak. El nombre de Xeknak, en cierto lugar del Sistema Solar, hubiera sido traducido «Marte» por otra especie humana. Pero eso no lo sabía Kwor. No aún…

Escuchó. Nada. Silencio; únicamente silencio todavía. Acaso los sistemas acústicos con el exterior del refugio habían fallado por alguna avería provocada por la lucha con el invasor desconocido que había atacado a traición destruyendo la ciudad.

Kwor accionó el resorte de abertura de un visor cristalizado e irrompible, al exterior.

Giró un cuadro decorativo. Apareció una especie de círculo de vidrio opaco. Se iluminó de repente. Era el amanecer. La claridad del día marciano allá en el exterior. El visor estaba abierto.

Miró Kwor con movimientos lentos. Una extraña, inmutable luz, surgió en sus pupilas. Diríase que el sistema artificial del «hombre-robot» marciano era capaz de producir sentimientos, emociones, angustias…

—¡Oh, no!— dijo la voz suave, melodiosa y tranquila del autómata humano—. No puede ser…

Contempló la ciudad. Lo que fue una ciudad. Si hubiera sido un hombre auténtico, Kwor se hubiera desplomado, vencido por el horror.

Pero era solamente un «robot». Pudo presenciarlo fríamente. Saber lo que había ocurrido allí. Saber el porqué de aquel silencio mortal, alucinante…

* * *

Ahora ya lo sabía todo.

No se había conformado con verlo tras el visor circular de la vivienda aislada donde quedaran los hijos de los Tawr. Había salido. Ahora terminaba su paseo por las avenidas silentes, estremecedoras, de la Capital.

Aquello era ahora la Ciudad Uno del Continente Nacional Oeste del planeta Xeknak (Marte).

Igual debió de suceder antes con la Ciudad Cuarenta con la Ciudad Dos… Igual sucedería con todas las demás. El poder de los invasores era invencible, al parecer. Y espantosamente aniquilador…

Se paró en la Gran Plaza Central. En medio de cuerpos y cuerpos. Todos sin vida. Todos inertes, algunos terriblemente abrasados, otros desintegrados en forma aterradora. De muchos de ellos, solamente su cabeza y un brazo, o sus piernas, escalofriantes, desgarradas y sin sangre…

Armas nucleares, terribles proyectiles de fuerza corrosiva sin límites… Todo eso se había unido para terminar con una comunidad feliz, y reducirla a tan desoladora apariencia…

Vio las armas defensivas, reducidas a chatarra retorcida; los edificios, como muñones plásticos, retorcidos y rugosos. Cientos, miles y miles de muertos. Por millares flotaban en los Canales, descendiendo por las aguas grises o chocando blandamente contra los embarcaderos de los acuataxis urbanos, ahora inmóviles y desiertos.

Hombres audaces, fuertes, heroicos. Mujeres tan decididas como ellos; ancianos, desesperados o llenos de terror. Niños espantados, alucinados por el caos que llovió de los cielos una noche maldita…

—Es horrendo… Horrendo… —susurró Kwor, dando lentos pasos, confuso y aturdido.

Ni siquiera se detuvo frente a una de las factorías de «hombres-robot». El gran cartel fluorescente que tantas veces viera yacía en tierra, medio abrasado. Aún se leía algo, sin embargo. Letras incongruentes, destinadas a ser leídas por ojos sin vida, por pupilas de cadáveres amontonados en las calles…

¡Tenga su servidor leal y perfecto. «Robot-Line»
le ofrece su obra maestra.
Los únicos y auténticos amigos electrónicos que…»

Sonrió tristemente. Él era uno de los «amigos electrónicos» de la «Robot-Line». Había otros muchos, que debieron saltar de los depósitos y de las máquinas de confección, durante el espantoso ataque aéreo: fundas humanas de plástico, miembros fingidos sobre materias acrílicas, resortes, engranajes, muelles y baterías…

Para él también «esos» eran muertos. Como él mismo, se habían creado máquinas perfectas, sensibles e inteligentes, para ayudar al hombre de Xeknak. Este era el fin de todos: hombres y máquinas…

Respiró con fuerza. Podía hacerlo, por muy «robot» que fuese. Él podía hacer muchas cosas de los seres humanos. Incluso sentir. Todo… menos llorar.

No. Kwor no lloró. Pero regresó lentamente a la casa, por entre cientos, miles, millones de muertos en su totalidad.

No vio a nadie con vida. Alguien, una mujer, se agitaba, convulsa, en una calle. Una granada de hidrógeno radiactivo le había segado las piernas. Kwor no pudo hacer nada cuando llegó a ella. Solo verla morir. Se confortó. Era mejor eso que sufrir y sufrir estérilmente…

Luego continuó adelante. Llegó cerca de casa; donde los niños seguían dormidos, a salvo. Por el cielo, no circulaba una sola nave. Ni amiga ni enemiga. Al parecer, los invasores se conformaban con destruir. Luego se iban a continuar su obra vandálica y feroz a otro lugar…

De repente, se encontró con ellos.

Ellos…

—¡No, no!…— jadeó el infortunado Kwor, el «hombre-robot» marciano.

Se paró ante sus cuerpos, se inclinó. Lenta, muy lentamente…

Habían muerto con sus manos cogidas, firmemente apretadas. Como en un último y hermoso contacto, antes de dirigirse a la Eternidad. Habían muerto igual que vivieron: unidos, amándose por encima de todo. Incluso de la misma muerte…

Ella tenía los ojos cerrados. Parecía dormir. Draco Tawr, no. Había perecido con la mirada fija en ella. Una inmensa mirada de fuerza y de amor. Una mirada que quizá se preocupaba también por aquellos que quedaban allí: sus hijos, los pequeños…

Kwor miró a Draco, a Alpha… Cerró los ojos de Draco con una lenta presión de sus dedos plásticos, color carne, sobre los párpados. Apretó con más fuerza aún los dedos de ambos. Unos dedos que nadie podría separar jamás.

«Irán cogidos de la mano, sonrientes y confiados, camino de Dios»… Eso pensó la mente electrónica de Kwor. Luego se apartó lentamente de ellos. Les miró. Por última vez. No estaban muy

desfigurados. Las heridas parecían leves, aunque no lo fueron. Simplemente, la muerte parecía haber querido respetar su belleza física.

—Adiós, amo —susurró—. Adiós, ama mía. Kwor os recordará siempre. Os quise mucho. Yo cuidaré de vuestros hijos. Dejad que Kwor vele por Draco y por Alpha, los pequeños…

Dondequiera que estuviesen, ellos sabían que él lo haría. Y en tanto su mecanismo respondiera a las ideas de su cerebro electrónico, ni Draco ni Alpha correrían peligro.

Si había un lugar seguro para los pequeños supervivientes, sobre el planeta, él lo encontraría. Estaba convencido de encontrarlo…

* * *

El horizonte parecía de sangre.

Sangre y fuego por doquier. Curvo, rojizo, llameante, aquel horizonte parecía estallar en cien sitios a la vez. Quizá fueran más aún…

Y hasta la línea que unía la tierra de Marte con el cielo brumoso y, a la vez, diáfano, del planeta, rojo, pueblos, villas, tierras de labranza y granjas de cría animal doméstica no eran sino pavesas. Enormes cráteres hendían las orgullosas autopistas marcianas. Los Canales, enigma eterno de observadores de otros mundos, ofrecían sus aguas cubiertas de cenizas, de restos humanos, flotando hacia los mares de Marte, arrastrados por la corriente. Y embarcaciones solitarias, abandonadas. Turbo-naves acuáticas que jamás volverían a funcionar en aquel Apocalipsis de horror y de sangre.

Kwor contempló la distancia, dejó vagar sus ojos por el horizonte enrojecido, sangriento y lúgubre. Donde ardían las ciudades, donde eran exterminados los últimos baluartes de la civilización marciana. Un mundo, con miles de años de historia y de progreso, destruido en un momento. Por un vandálico, feroz visitante, que ni siquiera quiso pactar, rendir al planeta o someterlo políticamente.

Solo quería destruir, destruir, destruir… Y parecían hacerlo muy bien. Era evidente que los seres de la Tierra disfrutaban de siglos enteros de entrenamiento en la tarea de aniquilar y matar estúpidamente.

Kwor siguió caminando después, con los dos viajeros de su turbociclo apaciblemente descansando en el compartimento de atrás. El «hombre-robot», sentado ante los mandos del simple vehículo a turbina de dos ruedas, que un terrestre de años atrás hubiera podido identificar como una especie de «motocicleta» de fantasía, poderosa y veloz como ninguna, continuó la marcha.

Ya estaba lejos de toda población, de todo núcleo urbano implacablemente detectado por las naves enemigas y martilleado con la furia destructora de sus armas increíbles. Xeknak, un planeta que viviera durante los últimos siglos dedicado a la paz, el progreso y la civilización, a una perfección social y moral sin límites, no podía defenderse en modo alguno del alud de aquellos monstruos del espacio que llegaron un día de un planeta no lejano: los terrestres.

Contempló de reojo a los dos niños. Era mejor así. Mucho mejor. Que ellos durmieran mientras fuese posible, que no vieran aquel caos alucinante que era ahora su moderno, civilizado, y apacible mundo de antes…

Luego miró ante sí. A las selvas y cumbres a las que se dirigía. A la cárdena vegetación, a las extensiones de arenas cobrizas, a todo aquello que, en la distancia, daba a Marte su coloración rojiza. Enrojecida ahora más intensamente por el fuego y la sangre de la destrucción vandálica…

Nadie, jamás, había llegado hasta allí desde hacía siglos. La Zona Tenebrosa, las selvas del planeta, los desiertos poblados de alimañas casi prehistóricas…

Hacia allá se había dirigido Kwor. Al único sitio que su instinto, artificial pero exacto, le dictara en el momento decisivo.

De haber vivido alguien para saberlo, la frase hubiera sido concreta:

—¡Es una locura! ¡Es como ir a la muerte voluntariamente!

La Muerte… Kwor sabía que estaba atrás, allí donde llameaban las ciudades calcinadas por el hidrógeno radiactivo, por el cobalto y por el uranio demoledor. Esto, con todos sus animales prehistóricos, con sus enormes criaturas y sus alimañas fabulosas, con los legendarios «hombres azules de Marte», que se decía existían allí, no podía ser peor. Nada podía ser peor. En ninguna parte.

El turbociclo dejó atrás las planicies, la estructura armoniosa de

vías interurbanas y de campos de cultivo de plantas comestibles.

Se adentró en la Zona Tenebrosa, entre arbustos rojos y retorcidos, en junglas carentes de clorofila, sin un solo verde. Sobre suelo arenoso, cárdeno y purpúreo Sobre la región maldita del planeta Xeknak…

Y, con Kwor, lo hicieron también los dos niños: Draco y Alpha Tawr, hijos de dos valientes que perecieron en el Apocalipsis de Marte…

* * *

El ruido fue leve. Muy leve.

Pero bastó para que Kwor detuviera en el acto su turbociclo. Miró en torno.

Algo en su cabeza —denso conglomerado de cables, hilos, conexiones, baterías, transistores, acumuladores, electrodos…— le dijo que había peligro. Un peligro cercano. Y sus células sensitivas, pese a ser artificiales, jamás le confundían. Quizá precisamente por eso.

Llevó la mano a un lanzagranadas térmico. Era su única arma. La había tomado consigo cuando cargó con la responsabilidad de llevar a salvo a los dos niños. Los únicos supervivientes, con él, de toda una ciudad: la Capital marciana propiamente dicha.

Los demás padres habían pecado de excesiva confianza en sus fuerzas. Pensaron que bastaba un sólido edificio para mantener al margen a sus hijos. No sirvió de nada. Kwor había visitado ya a los diversos hogares donde le esperaba el tremendo espectáculo de centenares de niños, inmóviles, como dormidos. Muertos por la expansión termonuclear…

Alpha y Draco habían previsto mucho más. Habían llegado más lejos que nadie. Ahora Draco y Alpha, hijos, vivían.

A pesar de que, si el leve rumor que captó el oído agudísimo del «hombre-robot» era lo que presentía, ninguno de ellos iba a llegar muy lejos en la desesperada aventura.

Movió suave, cautelosamente el ligero y veloz vehículo, para situarse tras uno de los escasos arbustos sarmentosos, rojos, retorcidos, que salpicaban aquel desierto cárdeno, triste y de ondulantes dunas de una arena cristalina, como azúcar o sal gruesa,

crujiente bajo los pies.

No tuvo tiempo de hacer la maniobra completa. Aún no había escondido Kwor el ligero vehículo, cuando ya emergía, de detrás de las dunas, lo que tanto temiera el hombre artificial de Marte…

¡Un ingente, dorado, escalofriante monstruo de los primeros albores de la Prehistoria, el terrible y feroz *tiranosaurio*!

En aquella era de progreso de Marte, un científico terrestre se hubiera quedado pasmado, estremecido y lleno de excitación a la vez, ante aquel ejemplar de piel dorada, durísima, de casi quince metros de altura, y otros veinte de longitud hasta el extremo de su escamosa cola. La enorme boca dentada, voraz, se adelantaba al extremo de su ancho y formidable cuello. Aquel monstruo que en la Tierra se extinguiera con el período cretáceo de la Era Terciaria, poseía toda clase de ingentes atributos, desde unos colmillos escalofriantes, hasta unas patas dotadas de pezuñas aterradoras, y una piel dura como el acero.

La boca terrible babeó, emergiendo la bestia titánica tras las dunas de arenas marcianas. Los ojos, redondos y malignos, llamearon, fijándose en Kwor, en los dos niños… Su movimiento hizo estremecer el suelo, su corpachón terrorífico comenzó a emerger, como vomitado por unas arenas milenarias.

El horrible saurópodo no dejaba escapatoria posible. Un doble grito, un llanto desesperado y súbito, reveló a Kwor que los niños se habían despertado. Llamaban a sus padres, convulsos, abrazándose el uno al otro, ante aquel ser de pesadilla que nunca vieran antes, por pertenecer a la Zona Tenebrosa del planeta, donde nadie entraba jamás…

—¡Huid, corred a la selva!— gritó Kwor roncamente—. ¡Yo os protegeré!

Draco asintió, desesperadamente. Era un muchacho muy animoso y sereno. Tomó a su hermana por un brazo. Echaron a correr hacia la selva púrpura, algo distante aún.

El monstruo rugió, dando un paso adelante, que le situó ante Kwor. El hombre artificial se puso delante, agitando sus brazos, sabiendo que sería despedazado por el monstruo. Pero si, al menos, daba ocasión a que los niños salvaran sus vidas en la espesura, se daría por satisfecho.

—¡Corred, corred!— apremió a los niños—. ¡Pronto, no podéis

perder tiempo!

—¡Sí, Kwor, pero ven tú con nosotros!— gimió Draco—. ¡O esa bestia te destrozará!…

—¡Ya voy! ¡No os preocupéis por mí, y corred… corred siempre!

Draco y Alpha se aproximaban ya a la jungla color púrpura. El tiranosaurio, de repente, dio un brusco viraje. Descargó un coletazo a Kwor. El autómata brincó lo mismo que un pelele, y fue lanzado a distancia, donde quedó inmóvil, tendido de bruces en la arena.

Luego, veloz, el enorme dinosaurio saurópodo se precipitó sobre los niños.

En dos zancadas de su fabuloso cuerpo les dio alcance. Draco vio proyectarse sobre ellos la sombra monstruosa, eclipsando la débil luz de Deimos, uno de los satélites de la noche marciana.

Al volverse para mirar, lleno de terror, Alpha también lo hizo. Y tropezó con una raíz de los límites de la selva. En su caída, arrastró a su hermano mayor. Niño y niña, tendidos en el suelo arenoso, esperaron, estremecidos, la acometida mortal del prehistórico saurio. Su inmensa mole se precipitó sobre ellos, la boca babeante, de grandes colmillos, se abrió para engullirles…

* * *

Kwor no quería presenciarlo. Ocultó el rostro, sacudido por la angustia de aquel drama, del que se consideraba responsable, por haber llevado a los niños hasta allí.

—¡No debí hacerlo!— musitó—. ¡No debí hacerlo! ¡Mi torpe cerebro, mi estúpida maquinaria!… ¿Por qué no seré yo una criatura humana, con ideas felices?

El rugido del tiranosaurio dorado fue largo, estremecedor. Kwor hubiese jurado que reflejaba más agonía que placer, pero él no sabía mucho sobre aquella clase de animales.

Luego el suelo tembló de nuevo. Era como si una gran mole hubiera caído, estremeciendo el subsuelo marciano con su peso…

Miró hacia el lugar donde los niños habían esperado impotentes la muerte terrible. Y el «hombre-robot» llamado Kwor jamás sufrió una sorpresa tan enorme, hasta el interior mismo de sus válvulas y autocontroles.

¡Draco y Alpha continuaban allí!

En cambio, el tiranosaurio yacía no lejos de ellos… inmóvil. Muerto.

—¡Muerto!— exclamó Kwor—. ¡No es posible!…

Era posible. Estaba muerto, de un modo fantástico, súbito y misterioso. Kwor no lo entendió de momento. Cuando llegó a la carrera junto a los niños, y los alzó en sus brazos, consolándoles del histérico terror pasado, todavía no había logrado entenderlo.

Pero la cosa varió cuando sus ojos fueron directamente a la selva púrpura, y les vio a ellos…

«Ellos», eran altos, arrogantes, hermosos. Pero azules. Con piel azul, levemente escamosa. Una mezcla de hombre y pez… Como tritones míticos. Las leves escamas de su epidermis tenían reflejos tornasolados, azules y grises. Las manos eran membranosas entre los largos dedos de afiladas uñas. A pesar de todo ello, resultaban hermosas sus figuras altas, proporcionadas como estatuas de rara belleza.

Uno de ellos, el que iba a la cabeza del grupo, empuñaba una especie de varilla cristalina, de la que fluía un leve humo verdoso. Un arma…

Kwor se preguntó qué arma terrible sería aquélla de los «hombres azules», capaz de aniquilar así a un monstruo de semejante calibre. Un leve impacto era la muerte. Incluso para un enorme tiranosaurio…

Les miraban. Con hostilidad, a pesar de que les salvaran la vida con la muerte de la bestia.

—Somos amigos —susurró Kwor—. Venimos huyendo… de los seres que han destruido la vida en Xeknak…

—No te entendemos —replicó el jefe de los azules, el hombre de la varita de vidrio—. ¿Destruido la vida?

—Sí. Todos los habitantes del planeta. Los padres de estos niños, todos los demás niños y padres, todo el mundo… Vinieron de otro mundo y vencieron. No eran visitantes amistosos. Ni siquiera conquistadores. Solo asesinos. Haced conmigo lo que sea. Pero ayudad a esos niños, dejadles que vivan, ocultadles en tanto se aclara esta situación, en tanto sucede algo…

—Sucede ¿qué?

—No sé, no sé… Creo que no sé nada de nada…

—Los «hombres azules» y vosotros, nunca fuimos amigos. Nunca

nadie profanó nuestro mundo de selva y de pueblos perdidos en la jungla.

—Lo sé. Pero ahora todo es distinto. Te necesito. Por esos niños.

—Solo intercedes por ellos…

—Sí, solo por ellos. Yo no cuento.

El jefe de los «azules» pareció celebrar un breve conciliábulo con dos de sus extraños y bellos seres. Luego, se volvió, señalándole la jungla.

—Ven con nosotros a la «Ciudad Colgada» de la selva. Seréis los primeros en llegar a ella. Pero nuestras leyes son rígidas, hombre sin escamas. Si tus argumentaciones no nos convencen… existe un castigo para quienes llegan a nuestros dominios: la muerte.

—Acepto ese riesgo —dijo serenamente Kwor.

—Vamos, pues.

El hombre azul tomó consigo a los atemorizados niños. Kwor se unió a la caravana de hombres azules. Se adentraron en la selva púrpura de la Zona Tenebrosa, dejando atrás, en el límite de la selva y las arenas rojas, el cuerpo sin vida, misteriosamente aniquilado por el arma diminuta y terrible de los «hombres azules» de Marte…

SEGUNDA PARTE

Capítulo IV

TERRÍCOLAS

CREO que serán unas buenas vacaciones.

—Yo también, hermana. Las primeras de que disfrutaré en mucho tiempo.

—Si toda esta gente supiera quién eres…

—¡Chist! Es preferible que nadie se entere, querida. Recuerda: el viaje es de riguroso incógnito.

—¿Temes que alguien atente contra ti, para vengarse de tu jefe? — rio la otra, jovialmente.

La mirada de su hermana, al clavarse en ella, fue tan grave que apagó su risa.

—No vuelvas a hacer comentarios así —dijo con frialdad—. Hay cosas con las que no es posible bromear, y tú lo sabes. Especialmente, delante de mí.

—Oh, sí, lo olvidé —la más jovial se encogió de hombros—. Yo no soy muy partidaria de la política, tú me entiendes…

—Te entiendo perfectamente, hermana. Pero otros no serían capaces de entenderte. Especialmente… mi jefe. Da ejemplo tú, eres de mi sangre, hablando siempre bien de aquel a quien se debe tratar con respeto y honor, por ser el más grande Ciudadano de la Tierra.

—El más grande Ciudadano de La Tierra… —repitió con énfasis su hermana—. Oh, querida, es fantástico. Da la impresión de que habla uno de un dios.

—¿Acaso no lo es?

—No sé —bostezó la muchacha, reclinándose en el asiento de la cosmonave de pasaje—. No sé…

La otra la miró con ira. Parecía que hubiese dicho alguna blasfemia atroz.

—¡Stella!— masculló entre dientes—. Sabes que estás cometiendo un delito gravísimo…

—Oh, sí, sí. La eterna canción. Ya te dije que yo no entiendo de política…

—Eso no disculpa tu irreverente actitud. Todos debemos sumisión al Gran Xeram y… ¡Oh, ya hablé demasiado!… No debía nombrarle…

—No te preocupes —Stella miró en derredor con interés. No apreció el menor interés de los viajeros inmediatos por su conversación. Tras ellas, un joven rubio, de claros ojos curiosos, parecía más atento por la vista del gran cosmódromo terrestre del que iban a despegar que por la charla de las dos mujeres—: Nadie ha escuchado lo que dijiste. Nadie sabe que eres Mizar Dolphin, secretaria y auxiliar directa del Gran Xeram, único ser viviente que le conoce personalmente, aparte su Primer Ministro y General en Jefe, Cepheo…

—¿Callarás de una vez?— Mizar se puso nerviosa, escudriñando en torno con inquietud—. Sería funesto que alguien supiera… Recuerda que nadie debe saber mi identidad, una vez fuera de la Fortaleza del Gran Xeram. Es la orden, Stella. Deja de ser imprudente e irresponsable, querida.

—Está bien, perdóname —suspiró Stella Dolphin—. Ser hermana de una mujer notable tiene sus problemas. Ya que has elegido esta temporada para viajar conmigo hasta Marte, procuraré

comportarme debidamente.

—¿Prometido?

—Prometido, Mizar.

—Bien —sonrió su hermana mayor, palmeando su mano con afecto—. Gracias, hermana. Y perdona. Tú no entiendes de política, como muy bien has dicho. Pero los que vivimos de ella tenemos que tener mucho tacto antes de dar un paso en falso.

—Entiendo. Y procuraré recordarlo siempre, Mizar. No quiero que luego te pases otro montón de años sin salir de vacaciones, trabajando día y noche.

—Procuraré que eso no vuelva a ocurrir —dijo Mizar con optimismo—. Ahora, los problemas del Estado son menores. Espero que ello siga así en el futuro, y me dé algún respiro, hermana. No todas tenemos tu suerte. Tú eres solamente una muchacha sencilla, que trabaja para vivir, en un gran taller de Servicios Colectivos. A veces, carecer de personalidad es una gran ventaja.

—Sí, claro…

El asentimiento de Stella tenía cierta amargura. Y era lógico. Para Mizar, Stella siempre había sido alguien sin personalidad ni iniciativas. Una muchacha gris, en un mundo ya harto gris por su propio sistema mecanizado y fríamente organizado desde finales del siglo XX.

Stella se consideraba bonita, esbelta, inteligente y sensitiva. Lo era, sin duda alguna. Pero al lado de una mujer como Mizar, casi quince años mayor que ella —y, sin embargo, joven, arrogante, en la plenitud de la belleza y de atractivo—, Stella sabía que era poco menos que una muchacha sin relieve. No tenía la fuerza magnética de los grandes ojos profundos de su hermana, ni la fuerza de sus ademanes firmes, resueltos, de su seguridad en la vida, contagiada acaso por la gran influencia que tenía que ejercer forzosamente, en una mujer tan próxima a él, la personalidad tremenda, tiránica y ultrapoderosa del Gran Xeram, el dictador de toda la Tierra desde hacía más de diez años…

La astronave arrancó, entre un rugido de turbinas poderosas, que movían sus reactores de popa, accionados por fotones de gran potencia. El cosmódromo terrestre quedó atrás.

Los turistas terrícolas iniciaron un camino que últimamente estaba muy de moda: la Tierra-Marte.

Todos los que iban allí, sabían que en Marte no existían sino ruinas de ciudades, aniquiladas por alguna guerra mundial o interplanetaria de un pasado no lejano. La famosa, socorrida, raza marciana no existía. Únicamente animales, muchos de ellos de ya extintas especies prehistóricas, y el rumor de que en las selvas inexploradas del hemisferio sur marciano, existían especies inferiores. Nada notable, nada que se tuviera en cuenta seriamente, a la hora de iniciar un turismo que aparecía lleno de sugestivos alicientes.

La publicidad decía que las ciudades de Marte conservaban casi íntegros sus encantos, modernidad y lujos, y que solamente un gran caos bélico pudo terminar con una raza semejante unos nueve años atrás. Los contadores Geyger y otros modernísimos procedimientos de detección habían permitido apreciar la relativa proximidad del fin de aquellas ciudades radiantes y magníficas, en las que el grado de radiactividad era aún muy fuerte. Pero existían métodos para combatir esa fuerza radiactiva de la atmósfera, y no existía peligro alguno, yendo bien equipado, como iban todos los turistas planetarios.

En la Tierra, pues, nadie sabía la verdad desnuda y terrible. Nadie sabía que los destructores de Marte, nueve años atrás, fueron las primeras expediciones militares terrestres, cuyos jefes habían recibido una orden concreta y atroz:

«¡Destruyan la vida humana en Marte!»

Y ellos habían cumplido esa orden demoníaca del Gran Xeram.

Pero eso, nadie parecía saberlo en la Tierra. Ni siquiera la propia Mizar Dolphin, su secretaria privada y auxiliar directa. Aunque, de haberlo sabido, Mizar no lo hubiese comentado con nadie. Su código de lealtad y disciplina la obligaba a ello. La última persona en traicionar al Gran Xeram sería, precisamente, Mizar.

* * *

Pyrox se arrellanó en su asiento, mientras la cosmonave hendía majestuosamente las altas capas atmosféricas, a punto de salir al vacío y liberarse totalmente de la atracción terrestre, iniciando el vuelo vertiginoso hacia Marte.

Pyrox era joven, muy atractivo. Rubio, de ojos claros e

inteligentes y alta figura. Hacía aquel viaje por cuenta de la «International News», la famosa agencia de noticias escritas, radiadas y televisadas.

La orden recibida era escueta: «Averigüe el misterio que rodea el fin de los marcianos. Debió de existir una terrible guerra entre ellos, o bien alguien los invadió. Queremos la verdad, ¿entendió, Pyrox? La Verdad… Así, con mayúscula».

Y tras la verdad, iba Pyrox, el reportero especial de la I.N., o la «Internews», como se la llamaba familiarmente, para no alargar tanto su nomenclatura.

No había dejado de ser una gran fortuna que su asiento estuviera detrás de aquellas dos preciosidades, turistas como él. Pyrox, hombre observador, se dijo que una de las dos mujeres, la que ocupaba la ventanilla de la cosmonave, era mucho mayor que la otra. Podía tener cuarenta años, acaso solo treinta y ocho. Pero no menos. Sin embargo, era bonita, llena de encantos, de «sex-appeal»… y de intensa personalidad y dominio de los demás.

La otra chica se parecía notablemente a ella. Solo que no pasaría de los veinticinco años. También era muy bonita, atractiva y graciosa. Pyrox se dijo que debía ser extraño, pero le gustaba más la mujer madura.

No sabía cómo iniciar la conversación. En viajes así, era una gran cosa entablar amistad con alguien. Especialmente con chicas.

Pyrox reflexionó. Finalmente, se inclinó y dijo algo, justamente cuando un bandazo de la cosmonave acompañó al rótulo que apareció en letras luminosas rojas, en el muro del vehículo espacial:

«EN ESTE MOMENTO, HEMOS SALIDO
DE LA EXOSFERA TERRESTRE.»

Era el salto al vacío. Pyrox tuvo su ocurrencia, e inclinándose hacia ellas, dijo:

—Dios salve al Gran Xeram.

Mizar pegó un respingo. Giró hacia él un rostro tenso, una mirada glacial. Stella no pudo por menos de reír entre dientes, tras la sorpresa, y ello irritó más a su hermana, que miró fijamente con igual enfado a ambos.

—¿A qué viene eso, señor?— demandó fríamente.

—Bueno, soy un leal servidor del Gran Xeram, nuestro amo y señor —dijo Pyrox, algo turbado—. Me pareció una forma honesta de dedicarle este salto al vacío sideral.

—Muy ingenioso. Pudo decirlo para sí, señor.

—Preferí decírselo a ustedes —rio Pyrox, rehaciéndose.

—¿Por qué?— se interesó con tono glacial Mizar.

—Bueno, son dos chicas bonitas. Me gustan más que la solterona de la última fila o la respetable azafata que nos han destinado en este viaje.

Stella sonrió, halagada… Su hermana fue, una vez más, muy fría en la respuesta.

—Mi hermana y yo no acostumbramos a hablar con desconocidos, señor.

—Me llamo Pyrox. ¿De veras son hermanas? Déjeme adivinar sus nombres.

—Señor Pyrox, será mejor que…

—Sylvia y Marion.

—No.

—¡Eh, adivinó nuestras iniciales!— saltó Stella vivamente.

—Calla. —cortó Mizar, altiva.

—No era difícil —confesó Pyrox, modesto—. Llevan una S, y una M. en sus vestidos, ¿no lo recuerdan ya?

Era cierto. A Stella le hizo gracia el comentario. A Mizar, también. Esta vez, ambas rieron Pyrox se sintió mucho más animado que antes.

—Yo soy Mizar Dolphin —explicó la mayor.

—Y yo Stella. Somos hermanas.

—Tuve la impresión de que se parecían. Y tuve razón.

—Bien, señor Pyrox. ¿Qué se le ofrece de nosotras? —pidió Mizar—. Ya entabló conocimiento. ¿Cree que hay tema de conversación hasta Marte?

—¿Y por qué no? Soy reportero. Escribo noticias y tomo película de los acontecimientos importantes para las emisiones televisadas de la «Internews». Sobrarán temas para hablar. Y sin necesidad de meternos en política y criticar a nuestro intocable Gran Xeram.

Mizar le estudió con ojos helados. Stella no pudo contener la risa.

—No hable de eso, señor Pyrox —rogó—. No quiero que se vea

en dificultades…

—Oh, descuide. Soy un tipo de influencias. Y si nadie me denuncia al Gran Xeram, ¿quién podría decirle que yo le nombro un poco irrespetuosamente? ¿Ustedes mismas? No creo que sean tan perversas.

—¿Y por qué no?— se interesó Mizar.

—Bueno, ustedes conocen la ley —sonrió Pyrox—. El que falta a la autoridad y respeto supremos del Gran Xeram… es convicto de delito de muerte. ¿Desearían que yo fuese ejecutado solo por una broma?

—No, ciertamente —denegó Mizar, sin quitar de él sus ojos—. Por eso tal vez sea mejor que calle. O que hablemos de otras cosas…

—¡Bravo! Hablaremos de otras cosas, no le quepa duda. Soy un tipo muy inteligente, ¿no lo notaron? Me sobran temas para divertirles…— soltó una breve risa, agitando una mano—: Bueno, no me tomen en serio.

Stella le estudió con interés. Era el viajero más joven y mejor parecido de toda la cosmonave. No hubiera sido una mujer llena de feminidad, de no responder espontáneamente:

—Estoy segura de que, a pesar de hablar en broma, va a divertirnos hasta llegar a Marte. Seamos amigos. ¿Vamos a tomar unas bebidas al bar de la cosmonave?

—¡Stella!— se sorprendió Mizar—. Eres demasiado atrevida…

—Y tú, hermana mía, demasiado anticuada —rio Stella de buen grado, incorporándose de su asiento.

Mizar pareció indecisa. Pero terminó por resolverse. Y siguió a su hermana y a Pyrox, su compañero de viaje, rumbo a la popa de la cosmonave, donde se hallaban el bar, restaurante y dependencias de recreo de a bordo.

Capítulo V

SENTENCIA

ERA la última fotografía.

Todas ellas, en color y relieve. El efecto tridimensional y policromo de la moderna fotografía vítrea, daría al telespectador de la Tierra la sensación puramente real de estar presenciando las poblaciones y ciudades mismas por las que una mano vandálica había pasado, demoledora, despedazándolo todo.

—Ya está —suspiró. Extrajo el rollo de placas y la guardó en una cápsula metálica especial; luego lo suplió por otro en el interior de la cámara—. Ahora, es otra ciudad.

—¿Otra ciudad?— Stella se volvió hacia él, sorprendida, dejando de contemplar las avenidas amplias, tersas, bien cuidadas, en las que algunos de los mejores edificios mostraban la huella dolorosa y terrible de impactos que convirtieron torres orgullosas, rectilíneas, de aluminio, plástico y vidrio, en simples muñones retorcidos. No había cadáveres, no había muertos. Pero casi se presentían en el silencio tremendo de las urbes marcianas. Repitió Stella—: ¿Otra ciudad aún? ¿Y para qué, Pyrox? ¿No será el espectáculo aproximadamente el mismo en todas partes?

—Creo que sí —suspiró Pyrox.

—¿Entonces…?— terció Mizar.

—Soy un periodista. Y algo más. Un investigador. Descubrir la verdad sobre Marte me reportaría una fortuna. Y algo, que es más importante que la fortuna misma: la fama.

—Podrá informar de lo que vio, de lo que todos vemos. Pero eso ¿explica el misterio marciano? ¿Justifica la razón de este silencio y este destrozo, de la ausencia de seres vivos de una civilización que, al parecer, era similar a la nuestra?

—Claro que no lo explica —sonrió Pyrox—. Por eso fotografío, observo, investigo. Un periodista es algo muy sagrado, amigas mías. Nos debemos al público. Y el público quiere saber cosas. Incluso con un Gran Xeram en el poder… quieren saber. Hay que escucharles y servirles. Es nuestro deber.

—Deje al Gran Xeram —cortó Mizar con aspereza—. ¿Espera descifrar este misterio?

—No sé. Tengo el presentimiento de que sí.

—¿Cree en presentimientos?

—Debo creer en ellos. Siempre fueron justificados.

—Los primeros exploradores de la Tierra que llegaron a Marte fueron el coronel Zoy y sus hombres —explicó Stella—. Ellos ya encontraron esto destruido y no dieron con la razón. ¿Podría hacerlo usted, un periodista?

—¿Y por qué no? Hay cosas en el mundo que se explicaron con un fósil, con grabado, con una piedra. Misterios de siglos. Esto es más fácil. Es muy reciente. Y, si las piedras milenarias hablaron, ¿qué no harán las ciudades modernas, destruidas hace apenas nueve años?

—De modo que espera ser más inteligente y astuto que el coronel Zoy, un hombre especializado en misiones del espacio y vuelos siderales —cortó Mizar con sequedad.

—Alto, señorita —cortó Pyrox con tono grave—. No es exacto eso.

—¿No?

—Ni mucho menos. Conozco la historia completa de Zoy. Era un simple subordinado hace cosa de nueve años. Recuerdo que salió por entonces en un viaje al espacio, con un superior que murió en la expedición. Al regresar, el Gran Xeram le nombró comandante. Hizo vuelos siderales frecuentes, y fue nombrado coronel. Eso no justifica nada. No es un experto en realidad, sino un hombre con suerte… o sin escrúpulos.

—Peligrosas conclusiones, al referirse a una personalidad militar y técnica.

—Mizar, usted parece obsesionada con todo lo relativo a falta de respeto para las jerarquías —observó súbitamente Pyrox. La miró tan fijo, que ella bajó los ojos, enrojeciendo—. ¿Por qué? ¿Tan adicta es al Gran Xeram?

Mizar no respondió. Impulsiva. Stella lo hizo por ella:

—Espero que no diga nada de esto. Mi hermana es la secretaria privada del Gran Xeram.

—¡No!— bloqueó Pyrox, palideciendo—. ¡Cielos…!

—No debiste decirlo —avisó secamente Mizar a su hermana. Suspiró—: Pero ya no tiene remedio. Ahora lo sabe, Pyrox. Soy el brazo derecho del prohombre de la Tierra. Confío en su discreción.

—Tiene mi palabra. No por lo que es usted, Mizar, sino por sí misma. Por la compañera de viaje.

—Gracias. Entonces, olvidémoslo todos, ¿quiere?

—Sí. Pero antes una pregunta: la única, Mizar.

—Hágala. No le garantizo respuesta.

—¿Cómo es realmente el Gran Xeram? ¿Viejo, joven, guapo, feo, alto, pequeño? Nunca se quiso presentar en público. Solo conocemos su voz…

—El Gran Xeram está por encima de descripciones —Mizar parecía inquieta—: Me tiene prohibido describirlo. Olvidemos también la pregunta.

—Olvidada —suspiró Pyrox—. Y perdone. No pude, resistir la tentación. Instinto de reportero…

Mizar sonrió, algo ablandada. Al no hablar de su jefe, sentía un gran alivio. Pyrox lo comprendía. No era precisamente fácil servir bien a un tirano. Y el Gran Xeram lo era…

—Bueno, tomaré esta tarde la cosmonave hasta el otro extremo del Continente Oeste. Quiero conocer otras ciudades destruidas, para ir construyendo mi teoría. ¿Vendrán ustedes?

—Es probable, sí —aceptó Stella—. Queremos pasar estas vacaciones en Estación-Mars. Para ir allá, hay que tomar la cosmonave que usted tomará. No creo que aquí haya nada que ver, fuera de lo que vimos ya.

Aquella tarde, en la cosmonave, coincidieron nuevamente los tres, con pocos pasajeros más.

Partieron hacia el otro extremo del Continente Oeste. Ninguno sabía que su destino sería muy diferente al que realmente esperaban…

* * *

El luminoso parpadeó vivamente ante ellos. No con uno de sus anuncios habituales a bordo, sino con otro muy distinto. Mucho más lacónico y alarmante:

«Atención. Avería.»

—¡Avería!— masculló Pyrox, inquieto—. Eh, eso es serio. Volamos a mil pies de altura sobre el suelo marciano…

Muy pálida, Stella se acurrucó en su asiento. Mizar conservó la serenidad. Otros pasajeros, de los pocos que iban a bordo, también reflejaban la preocupación por el aviso de emergencia.

—Sería terrible… cualquier accidente —susurró Mizar Dolphin.

—Fatal, es cierto —convino Pyrox, que luego se encogió de hombros—. Olvidemos eso, ¿quieren? Presiento que no va a suceder nada. Al menos, nada irreparable.

—Sus famosos presentimientos… —suspiró Mizar—. ¿Se cumplió el otro?

—¿Quiere decir si descubrí la verdad de lo sucedido aquí, en Marte?

—Eso es. Creo recordar que usted tuvo la corazonada de que llegaría a saberlo.

—Aún es pronto —dijo gravemente Pyrox—. Pero ya casi lo sé…

Mizar enarcó las cejas, asombrada. Le miró con incredulidad. También Stella.

—¿Qué ha dicho?— preguntó esta última—. No está alardeando de algo que no es cierto, Pyrox?

—No —negó el reportero de la Tierra, con gesto sombrío—. Aunque les aseguro que quisiera estar equivocado.

—¿Por qué?

—Porque… sé quiénes destrozaron este mundo y aniquilaron a los marcianos de un modo brutal, salvaje, demente casi. Solamente un loco pudo ordenar ese crimen colectivo, esa matanza de millones y millones de seres, toda la población de un planeta, fingiendo luego no haber puesto la planta en él hasta varios años más tarde.

—¿Qué está dando a entender, Pyrox?— se sobresaltó Mizar.

—Justamente lo que usted sospecha ya, Mizar. Su jefe… Ese dictador fanático y brutal, ese monstruo satánico que rige los destinos de la Tierra desde hace tantos años… ¡El Gran Xeram! Él

dictó la destrucción de Marte por puro afán de barbarie, por un orgullo enloquecido, por la demente idea de dominar los mundos… Y la civilización marciana era demasiado peligrosa para sus sueños de bestia sanguinaria, con el cerebro enfermo, con la sed fanática de la destrucción…

—¿Cómo?— jadeó Stella, lívida—. ¿Cómo ha podido saberlo… y formular una acusación tan terrible? ¡Es una teoría! ¡Puede equivocarse!

—Puedo equivocarme, sí. Pero no lo creo…

—Lo siento, periodista. Habló demasiado… Tengo orden de matarle. Ahora, mismo.

Tres rostros demudados se volvieron hacia la cola de la cosmonave que volaba lentamente sobre los grandes bosques purpúreos de Marte. Allí estaba el que acababa de hablar.

Un hombre grave, de dura mirada, de expresión maligna. Apuntaba a Pyrox con un arma térmica muy moderna. Y mortífera, al más leve contacto de sus proyectiles de gelatina, cargados de corrosivos poderosísimos, a altas temperaturas, el cuerpo del joven periodista se volatizaría.

—Usted… —silabeó Pyrox—. Le conozco. Sí, le conozco… y eso demuestra que yo tengo razón. ¡Fue el Gran Xeram el asesino del planeta Marte! ¡Un terrícola, el amo de nuestros destinos, precisamente! Porque usted… usted es el coronel Zoy, un esbirro que debe su graduación a los crímenes cometidos hace nueve años en este planeta.

Stella sollozó, ocultándose contra su hermana Mizar que, muy pálida, miró a uno y otro, y susurró, con voz quebrada:

—Coronel… Coronel Zoy, no haga eso. Yo… yo soy la secretaria privada del Gran Xeram. Le ruego… que no mate al señor Pyrox…

Zoy negó lentamente, con gesto durísimo, con mirada glacial.

—Lo siento, señorita —cortó—. No puedo atenderla. Por encima de usted, está la orden del Gran Xeram. ¡Y él, personalmente, ordenó la muerte de Pyrox!

Adelantó el arma, para dispararla sobre Pyrox.

En aquel momento, el rótulo luminoso de a bordo se cambió bruscamente. Ya no era una llamada de atención. Era algo peor.

Allí se leía:

«Nave paralizada. Nos abatimos. Usen salvavidas.
Situación desesperada.»

La cosmonave, comenzó a caer cuando Zoy hizo su disparo mortal sobre Pyrox…

Capítulo VI

LA GUERRILLA AZUL

A nave ha caído.

—¿Dónde?

—En los pantanos rojos. Vamos a recogerla.

—¿Vivirán sus ocupantes?

—Esperemos que sí.

—¿Terrestres?

—Han de serlo, Kwor.

—¿Por qué hacer esto?

—Hay que hacerlo, Kwor. Es la hora. La hora de la venganza. Nunca podremos matar a tantos terrícolas como marcianos murieron en aquellas funestas fechas. Pero daremos constancia de nuestra existencia aquí…

Kwor asintió. Sabía que así tenía que suceder. Era lógico. Nadie olvida cosas así. Nadie olvida que sus padres murieron asesinados por un invasor cobarde y feroz, que ni pidió ni dio cuartel. Nadie olvida… cuando, junto a sus padres, cayeron millones y millones, hasta la extinción de un pueblo, de una raza, de un mundo entero…

—Sí, Draco —aceptó con lentitud—. Sé lo que sientes. Pero me pregunto si esa gente que ha caído con la nave… es responsable de algo.

—¿Lo eran mis padres, Kwor?— replicó el gigante broncíneo, la hermosa estatua de carne que se erguía ante él, con el pelo negro azulado, los ojos oscuros, dorados en su centro, chispeantes, en el rostro pétreo y perfecto—. ¿Lo eran los demás, todos mis antepasados, que murieron aplastados?

—Bien… no. Ellos murieron de una forma infame. Yo lo vi, Draco. De aquella gran raza, solamente quedamos tres: tú, Alpha… y yo; un «robot». No hay mujeres de Marte, no hay hombres. No hay ni siquiera «robots» como yo. Nunca los habrá. El secreto de nuestra fabricación, de nuestra maravillosa mecánica electrónica, se perdió con tus padres, con los demás…

—¿Y aún te parece mal que detenga esas naves que sobrevuelan el planeta, que destruya a sus ocupantes como ellos nos destruyeron a nosotros? —el gigante hermoso, arrogante, endureció increíblemente el gesto, mirando hacia el pantano rojo, donde bullía la forma esbelta de la astronave a medio sumergir—: Tú me trajiste hasta aquí cuando era un niño. Tú salvaste la vida de Alpha y la mía. Pudimos haber muerto a manos de los «hombres azules» de Xeknak, pero ellos entendieron y nos respetaron. Estos seres anfibios, de las lagunas y pantanos de la jungla marciana, han sido buenos con nosotros. Hemos crecido aquí, nos hemos hecho respectivamente una mujer y un hombre. Mi hermana y yo somos felices con los amigos azules, de piel escamosa y buen corazón. Sabes lo que me ha costado aprender cosas, perfeccionar mis conocimientos técnicos, sin apenas medios, salvo esa serie de prodigiosas materias minerales que conocían los «tritónidos», y descubrir la energía capaz de detener los vehículos y armas de la Tierra, acumulándola y canalizándola a mi antojo. Me costó… pero mi obra existe. Y, gracias a ella, la primera nave terrícola está en nuestro poder. Podremos entendernos con ellos. Los prisioneros que los «tritónidos» cogieron una vez entre los terrícolas, llegados tras la horrible guerra en que fuimos despedazados, nos sirvieron para conocer su lengua internacional, sus costumbres y reacciones.

—Por favor, Draco, yo…

—Espera, mi leal amigo Kwor —cortó aún el joven Draco, hijo de Draco—. Te diré algo más todavía. Ahora, que los «azules» me admiten como jefe, estamos planteando una guerra contra los terrícolas, los mismos que nos invadieron y dominaron. Creo que la energía que he hallado me permitirá ganar la batalla.

—No sueñes, Draco. Es peligroso, con esa gente…

—No sueño. Simplemente, tengo fe. Ahora sé que ellos, los terrícolas, y nosotros, los marcianos, por algún remoto enigma de los tiempos y de los mundos, un enigma demasiado lejano y grande,

un misterio que pertenece a los dominios insondables del Creador, somos iguales: criaturas humanas, en suma. Más o menos fuertes, más o menos hermosas de estructura y de proporciones. Pero humanos. Creo que entonces desconocíamos demasiadas cosas sobre ellos para poder defendernos. Ahora… ¡ahora es distinto, Kwor!

—Ahora, Draco, no existe un pueblo, un ejército ni unas ciudades. ¡No hay nada! Solo los «azules», Alpha, tú… y yo. Demasiado poco, ¿no crees?

—¿De qué sirvieron tantos, en aquel tiempo?— replicó el joven Draco—. Los exterminaron como a una plaga de insectos. Tal vez ahora… sea diferente.

—Tal vez… —suspiró Kwor—. Bien, ¿vamos a esa nave, o prefieres que mueran ahogados en el fondo del pantano rojo?

—Vamos allá. Prefiero verles vivos, hablar con ellos, averiguar más y más cosas del planeta Tierra, nuestro agresor de entonces, Kwor —sonrió Draco, dueño de sí, poderoso y macizo como un hermoso dominador llegado del mismo Olimpo, para ser el Némesis terrible de toda una Humanidad muerta.

Emprendieron la marcha entre lianas y sarmientos purpúreos, entre hierbas doradas y arenas cristalinas, quebradizas, de color sangre. Hacia los pantanos rojos, en el interior de la jungla tenebrosa de Marte…

* * *

Eran como una procesión silenciosa, a través de un fantástico decorado de oro y púrpura. Si uno se paraba a pensar, resultaba inverosímil. Si el que pensaba, naturalmente, era de la Tierra, no de Marte.

—Inaudito —susurró Pyrox, lamentando que su cámara hubiese quedado en el fondo del pantano rojo que engullera también la nave terrestre—. Todo resultaba tan asombroso, tan increíble…

Sin embargo, le estaba sucediendo a él. A él, a Stella y Mizar Dolphin, a los demás viajeros… Buscó insistentemente al viajero de la cosmonave que más le interesaba, aparte las dos muchachas. No lo halló. Zoy debía de haberse ahogado en el fondo del rojo pantano donde cayeran en el momento preciso de disparar el esbirro del Gran Xeram.

Había sido una suerte que el proyectil térmico no le tocase, pero, sin embargo, provocó una grieta, una corrosión terrible en la nave, que ayudó a su inmersión rápida en el fango voraz de aquel pantano. En medio de todo, la llegada de aquellos seres de Marte había resultado providencial. De otro modo, nadie hubiera podido salir de la nave que engullía el pantano. Y, por tanto, nadie hubiese eludido tampoco la muerte cierta, inexorable…

Evidentemente, pensó Pyrox, los seres de Marte eran los «azules» de piel escamosa. Los otros tres, debían de ser terrestres. No se explicaba su presencia allí, su papel con sus captores. Pero Pyrox tampoco se hubiera explicado fácilmente que unas personas perfectamente humanas no fuesen lo que aparentaban…

Las hermanas Dolphin parecían caminar resignadas. De cualquier modo, ya era bastante salvar la vida, librarse del fondo del pantano. Incluso en poder de unos seres extraños, uno sabía que al menos disfrutaba aún de la vida. Por cuánto tiempo, era una cuestión que Pyrox no se quería plantear a sí mismo. En primer lugar, porque no había una respuesta. En segundo, porque, de haberla, podía, no ser precisamente halagüeña.

Los demás viajeros, perplejos y fatigados, lo aceptaban todo de buen grado. Para el reportero de «Internews», eran como comparsas de un relato dramático, gentes que no tenían arte ni parte en la acción. Elementos de conjunto, elegidos por un caprichoso director de escena.

Pero todos, absolutamente todos estaban ligados por el mismo y terrible destino. Aquellos «hombres azules», debían de haber provocado de alguna forma el accidente. Los pilotos de la cosmonave no se explicaban el suceso. Aseguraban una y otra vez que ellos eran incapaces de controlar el vehículo aéreo, que era como si este les dominase, como si una fuerza, ajena, una absorbente atracción misteriosa, inutilizara los controles de a bordo.

—Acaso eso fue lo que sucedió —se dijo Pyrox, estudiando con sorpresa al hombre alto, atlético, armonioso en su gigantesca estatura, de pelo azul y músculos de bronce, que parecía dirigir al grupo, secundado por un personaje curioso, enigmático, grave y pensativo, de indefinible personalidad… y por ella.

Ella…

Pyrox la contempló con curiosidad. Siendo muy bellas Stella y

Mizar Dolphin, aquella extraña criatura de Marte las eclipsaba. Su belleza era distinta. Casi fantasmal, de puro ingrávida. Su esbeltez, la gracia armoniosa de unos movimientos casi de ballet, el centelleo de sus ojos diáfanos, el reflejo plateado de su cabello, entre azul y rubio…

Los tres seres de aspecto humano caminaban juntos. Los «hombres azules», de escamosa piel tornasolada, parecían ser simplemente un cortejo, una escolta militar. No se les veía armas. Ni afanes bélicos. Daban la sensación de un pacifismo casi irreal. Y de una indiferencia pasmosa por todo.

—No sé… —se dijo Pyrox, siguiendo el hilo de sus pensamientos en voz baja, hablando para sí mismo—. No sé, pero a veces ni siquiera parecen terrestres a pesar de su aspecto humano. Sin embargo, ¿cómo podría ser de otro modo? No es posible que todo sea tan simple. Que los marcianos fuesen… igual que nosotros. Porque en ese caso, ¿qué clase de personas serían los azules cubiertos de escamas?

Pyrox se sobresaltó. De repente, uno de los tres personajes se había parado. Mirándole, dijo lentamente:

—Yo le contestaré, Pyrox. Somos marcianos, a pesar de nuestro aspecto. Todos los marcianos éramos iguales… hasta que vuestra gente nos aniquiló totalmente, hace solo unos pocos años. ¿Satisfecho? Pero eso no podrá publicarlo en parte alguna…

Sumamente impresionado, Pyrox miró al que había hablado. No era él solo quien lo hacía con aquella sorpresa. También sus propios camaradas, los «humanoides» de Marte. Al parecer, no se explicaban aquello.

—¡Eh!— masculló Pyrox, palideciendo—. Habló… habló en el lenguaje internacional de la Tierra. ¡Y leyó mi pensamiento, respondiéndolo exactamente!

—Asombroso, Kwor —confesó Draco, estupefacto, mirando a su viejo amigo, el «hombre-robot» de Marte—. ¿Eso hiciste?

—Sí, Draco —sonrió Kwor—. Leí tan claramente sus pensamientos… Era lo mismo que si me formulase directamente la pregunta…

—No conocía esa propiedad tuya, Kwor.

—Tampoco yo. Debe de ser solamente con los terrícolas.

—Puede que su mente y la tuya tengan algún punto de contacto

—dijo Alpha con dulce voz—. Sin duda es eso, Kwor…

—Nos será conveniente —sonrió a su vez Draco, con dureza, mirando a los cautivos—. Eso nos revelará sus pensamientos. No nos sorprenderán, aunque quieran. Podemos anticiparnos a sus ideas gracias a ti, Kwor.

—Ustedes hablan como nosotros. Y son humanos —dijo Pyrox, excitado—. ¿Cómo es ello posible?

—Somos de una raza inteligente, terrícola —replicó Draco, despectivo—. A pesar de que los asesinos de tu mundo nos exterminaron. No siempre el más listo gana la batalla.

—De modo que yo tenía razón… —silabeó Pyrox, tenso…

—¿Tú? ¿En qué, terrícola?

—Imaginaba que sucedió algo así. Estaba seguro. Hoy, alguien de la nave intentó matarme por decir la verdad, lo que yo sospechaba.

—¿Qué sospechabas?— preguntó Draco, indiferente.

—Que mis hermanos de raza lo hicieron. Que ellos aniquilaron el planeta. Y vuestra civilización.

—¿Cómo pudiste averiguarlo?

—Un poco de intuición, otro poco de imaginación… y la reacción de un contador radiactivo ante concretos daños. La radiactividad era idéntica a la que provoca un bombardeo terrestre. Acerqué mi contador de bolsillo a ciertos minerales radiactivos del planeta. El resultado fue otro distinto. De modo que había ciertas probabilidades de que los responsables del caos fueran los seres de la Tierra.

—¿Acaso no lo sabías tú ya?— replicó despectiva ella, la hermosa Alpha—. ¿Tal vez pretendes negar que todos lo sabíais de antemano?

—Claro que lo niego. Nunca supe nada. Nunca sospeché nada. Ni ninguno de nosotros. Puedes creemos. Pero, aunque no lo hagas, no cambiarás las cosas. Así fue.

—Callad —cortó Draco duramente—. Ya llegamos a nuestra «Ciudad Colgante». Tendréis que subir un poco. No es tan difícil como parece…

Perplejos, los prisioneros miraron hacia las altas lianas que reptaban, por los ingentes árboles de tronco dorado o ambarino, hasta las grandes copas purpúreas, alargadas, como flotando en el

aire tenue de la selva marciana.

Allí, igual que en el prodigio de un relato fantástico, aparecía la ciudad de los «hombres azules». Aquélla que, un día, nueve años antes, acogió a dos niños indefensos, acompañados por un hombre artificial, cuando todo el planeta era un inmenso cementerio de ruinas, de muertos, de fuego y de sangre.

La ciudad, indudablemente, estaba sostenida por algo más que las lianas, los arbustos y la ingravidez. Sus edificios cristalinos, azulados, opalescentes, de formas hemisféricas o semiovoides, se alzaban sobre una plataforma circular flotante. Un suelo sostenido entre los arbustos, como por arte de magia. Un suelo ligero, pero amplio y firme a la vez.

Debajo, una laguna de extraña tonalidad violácea, ofrecía a los «hombres-azules» amplio motivo de diversión. Se lanzaban desde los bordes de su ciudad flotante y se sumergían en las aguas como auténticos peces. A veces, tardaban minutos enteros en emerger. Cuando lo hacían, su piel escamosa, a pesar de la belleza física de sus figuras y rostros, parecía de auténticos pescados.

Pyrox imaginó que la explicación del aparente milagro de la ciudad «suspendida» o «colgante» estaba en una energía, acaso la misma que paralizó a la cosmonave y la atrajo hasta el pantano. Una energía desconocida que servía para crear los invisibles pilares de aquella plataforma urbana de toneladas de peso. Una especie de soporte o columnas de tipo magnético, pero todavía con mayor fortaleza.

—Es todo como en un cuento de hadas —susurró Stella.

—Sí. Un terrible y siniestro cuento de hadas, hermana —sentenció Mizar con voz dura—. Trata de no pensar en nada perjudicial para nosotros. Ya viste que ese hombre de Marte puede leer nuestros pensamientos. Es como una máquina clarividente.

Mizar no supo lo cerca que estaba de la verdad. «Una máquina», había dicho de Kwor: Y tenía razón. Pero ella no lo sabía.

—No me importa —dijo con sencillez Stella—. Nada tengo que ocultar… a nadie.

Mizar la contempló de soslayó sin decir nada. Continuaron en marcha, hasta llegar al pie mismo de la Ciudad Flotante, al borde de la laguna violeta. Una escala de lianas, descendió lentamente hasta ellas.

—Vamos —ordenó Draco—. Suban todos. Al que intente escapar, le diré que es mejor para él que no lo intente…

Subieron hasta la plataforma flotante. Cientos de «hombres azules» les veían llegar, con expresión ilusionada. Era como recibir a huéspedes de honor. Solo que los huéspedes eran prisioneros. Prisioneros que no esperaban librarse de la muerte.

Llegaron arriba. Pisaron el suelo de la ciudad de los «tritónidos». De súbito, Draco se volvió a Pyrox. Le interpeló, con un sobresalto de este, por lo inesperado de su pregunta:

—Habló antes de alguien que le quiso matar a bordo de su nave. ¿Por qué, terrícola?

Pyrox pegó un respingo, le miró largamente y manifestó:

—Por acusar a la Tierra del crimen horrendo que hicieron en Marte. Por señalar a los responsables de aquella matanza que aniquiló la vida en su planeta.

—¿Quién era ese hombre?

Pyrox miró en torno. Luego, meneó lentamente la cabeza. Antes de que pudiera responder, lo hizo Kwor, extrañamente dotado para captar los pensamientos de los hombres de la Tierra:

—No sabe. Ha desaparecido en la nave, al posarse en el pantano.

—¿Eso es cierto?— los ojos chispeantes, dorados y negros, de Draco Tawr, hijo de Draco Tawr, se entornaron astutamente.

—Sí. Él era Zoy.

—¿Zoy?

—Coronel de las fuerzas cósmicas de la Tierra. Un hombre de confianza del Gran Xeram.

—¡El Gran Xeram…!— silabeó Draco lentamente—. Oí hablar ya de él.

—¿De veras?— se asombró Mizar, interviniendo por vez primera.

—Eso dije —miró con fijeza terrible a Mizar.

—¿Cómo pudiste oír hablar de él?

—Yo he oído muchas cosas, mujer —replicó él con sarcasmo—. Muchas… He dedicado mi vida entera a oír cosas de vuestro mundo. El mundo de los asesinos de mi pueblo, de mis padres, de todos nosotros…

Stella, con un gemido, ocultó el rostro entre las manos. Miró de soslayo a Pyrox, que no separaba sus ojos de Alpha Tawr, la

hermana de Draco.

—Entonces, era cierto… —musitó—. ¡Era cierto!, ¡El Gran Xeram ordenó la matanza!

—Zoy lo admitió así, al querer eliminarme. Él debió de dirigir aquel horror. Me siento feliz de que se haya hundido con la nave en el pantano… Es un justo castigo.

—No, terrícola, te equivocas —replicó bruscamente Draco, con un gesto durísimo—. Nadie quedó en la nave, ni nadie se hundió en el pantano.

—¿Entonces?— parpadeó Pyrox.

—Me temo… que ese Zoy fue lo bastante listo para escapar.

—¡Cielos, no!— se horrorizó Pyrox—. ¡Es demasiado peligroso para andar suelto! ¡Hará lo que sea, con tal de servir a esa, maldita rata del Gran Xeram!

Mizar le miró con cierta ira. Alpha, con sorpresa. Kwor, pensativo. En cuanto a Draco, se irguió, y habló lentamente:

—Buscaremos a ese hombre. Ahora, ustedes se quedan aquí. Prisioneros de Marte. Se les interrogará por si han mentido en algo.

—Tiene mi palabra de que no es así, quienquiera que usted sea —habló Pyrox, avanzando unos pasos hacia él—. No tuvimos parte en matanza alguna.

—Son de la Tierra. Por fuerza mentirán.

—No, no. No todos los hombres en la Tierra somos, tan viles como los que reclutaron para esa matanza. No hemos tenido la menor intervención en todo lo que sucedió.

—Tampoco la tuve yo. Ni mi hermana. Nadie pudo intervenir, porque muy pronto fue tarde para todo. Y para todos. Eso es lo que cuenta.

—Ya entiendo. Entonces, va a matamos a todos, ¿no es cierto?

—Sí —afirmó Draco—. Vamos a matarles. Sea cual sea su papel en esta tragedia que le toca vivir a nuestro mundo desierto, maltrecho, aniquilado…

—¡No pueden hacerlo!— protestó Mizar, muy pálida y convulsa —. ¡Sería un asesinato colectivo!

—Seguro que lo será —rio con dureza Draco—. ¿Qué cree que fue lo que destruyó nuestra existencia feliz? El asesinato de millones de marcianos…

—Ellos tienen una razón indiscutible, Mizar —intervino Stella—.

No peleemos por eso.

—¡Yo soy una terrícola! ¡Pero no quiero morir por algo en lo que no tomé parte, hermana!

—Es inevitable —sonrió triste, lentamente, el misterioso personaje que leía los pensamientos terrestres, el impasible Kwor—. Créame, muchacha. Es inevitable…

Caminaron hacia uno de los edificios hemisféricos, cristalinos, que se alzaban sobre la plataforma aérea, flotante. Los «tritónidos» azules les escoltaban. Silenciosos, pero temibles en su pasividad expectante.

Draco se quedó contemplándoles, junto a Kwor y su hermana Alpha.

—Ella es muy bonita —dijo inesperadamente Draco.

—¿Quién?— sonrió Alpha.

—La más joven de las dos. La que se resigna…

—También él es atractivo y hermoso, Draco.

—¿El charlatán de Pyrox?— gruñó Draco.

—Sí, el mismo…

—Olvídalo, como yo la olvidaré a ella. Todos han de morir. Hoy mismo, si el estudio de todos ellos da resultado, sea positivo o negativo.

—¿Sin clemencia, Draco?

—Sin clemencia, Alpha. Nadie tuvo clemencia a nuestros padres.

—Lo sé. Pero ellos tal vez tengan razón… y no sean culpables de nada.

—Por el solo hecho de ser terrícolas, son culpables. Eso basta.

—¿Y ese Zoy, el hombre que ha desaparecido?

—Hay que encontrarlo —mascullό Draco de mal humor—. Antes de que sea demasiado tarde…

—Es demasiado tarde.

Se volvieron, con un sobresalto. Miraron al Kwor. Era el que había hablado. Draco entornó sus fascinantes pupilas.

—¿Qué quieres decir?— demandó—. Habla, Kwor, amigo y hermano…

El «hombre-robot» de Marte suspiró, meneando la cabeza repleta de electrodos y circuitos electrónicos. Su respuesta fue simple y rotunda:

—¿No lo entiendes, Draco? Ese hombre es demasiado astuto

para dejarse cazar. Fue uno de los caudillos del ataque aéreo a nuestro mundo. Un asesino brutal, un jefe sin conciencia. Pero muy listo. Sin duda, sospechó lo que sucedía al caer la nave. Y escapó.

—¿Escapó? ¿Adónde?

—No sé. Tal vez a alguna ciudad de nuestro planeta donde haya tropas terrícolas. Tal vez a por fuerzas para buscarnos, para invadir esta jungla y aniquilarnos…

Capítulo VII

ZOY

SOBRADA razón tenía Kwor. También en eso.

Zoy, al sumergirse la nave en el pantano rojo de Marte adonde la fuerza de atracción desconocida había llevado su rumbo, supo que aquello no era una avería vulgar, un fallo en los mecanismos de a bordo, producido por el azar.

Al hacer el disparo sobre Pyrox el temerario reportero de «Internews», se había iniciado el descenso vertiginoso hacia suelo marciano, arrastrados por una fuerza que parecía neutralizar el dominio de la nave.

Zoy era demasiado inteligente y malicioso para no sospechar algo anómalo, algo que significaba «peligro».

¿Por qué fallaba la nave? ¿Adónde se dirigía, fuera del control de sus tripulantes?

Zoy había vivido la vertiginosa guerra contra Marte. Zoy había sido el verdugo real de aquel pueblo aniquilado por las flotillas de naves del Gran Xeram, enviadas secretamente desde la Tierra, para terminar con todo vestigio de vida inteligente en el rojo mundo marciano.

Por esa misma razón, Zoy no podía ser confiado. No se fiaba de nada ni de nadie. Y eran muchas las veces que se había preguntado a sí mismo si realmente terminarían con la raza inteligente de Marte… o si algún superviviente ignorado, quedó oculto, al acecho de su venganza

Parecía una probabilidad muy remota, para un mundo que se conocía bien, y en el que no había llegado a descubrir rastro alguno

que evidenciase la certeza de tales recelos.

Poco a poco, Zoy había llegado a confiarse. A sentirse tranquilo en ese terreno. Evidentemente, nadie sobrevivió entre las gentes civilizadas de Marte. Nadie.

Luego, había llegado el extraño mensaje especial desde el Cuartel General del Gran Xeram:

«Únete expedición terrestre. Vigila Pyrox, reportero «Internews». Sospechoso de rebeldía. Si se confirma… mata.»

Una orden que Zoy nunca dejaba de cumplir. Y el Gran Xeram lo sabía.

Esta vez, sin embargo, sucedieron cosas anormales. Como aquella avería a bordo, como el descenso posterior, que Zoy sabía injustificado, porque conocía muy bien la estabilidad y firmeza de aquellas astronaves.

La violencia de la caída impidió la muerte de Pyrox, cuya rebeldía había llegado más lejos de lo previsto: Pyrox sabía ahora quién provocó la muerte de millones de marcianos, con una guerra súbita y brutal. No podía sobrevivir. No podía, volver a la Tierra. Bajo ningún pretexto.

Zoy falló el disparo sobre Pyrox. En vez de intentar uno más, que acaso también hubiera fallado, buscó la fuga de aquella nave que tal vez iba derecha a la muerte…

Mientras la astronave descendía, atraída por los pantanos rojos, se precipitó hacia una de las antecámaras de tripulación y desapareció tras una compuerta automática, en tanto los demás se aferraban a asientos, muros o salientes, para no rodar por el interior de la nave convulsionada.

Zoy actuó con notable celeridad. Era un hombre habituado a toda clase de avatares, experto navegante espacial y lleno de recursos en las situaciones más difíciles.

Lo demostró también entonces. Se ajustó uno de los cascos espaciales de reserva, provisto de turboflotadores individuales, sujetos al amplio cinturón que servía de salvavidas y auto impulsor a cualquiera que quisiese, en pleno vuelo, abandonar la nave por una emergencia.

Aquello era una emergencia, a su juicio. Zoy se aferró el

cinturón, corrió hacia un compartimento-estanco de salida al exterior, confiando en que la velocidad de descenso de la nave no le sirviera de fuerza de atracción y le retuviera adherido a la nave.

Para evitar ese posible riesgo, hizo lo único que le era factible realizar en su ligero equipo individual de salvamento: accionar el resorte de disparo de los turbo-impulsores, a su máxima potencia. Quizás la propia energía, generada por los turbo-motores personales, le lanzase lejos de la masa de la astronave.

Ya disponía de poco tiempo. Zoy presentía que la altitud se perdía vertiginosamente, y que muy pronto caerían en suelo marciano. Giró la palanca de salida.

El compartimento estanco se movió con brusquedad. Fue puesto en la rampa de salida y disparado al exterior. Luego, la puerta de salida se cerró de nuevo, en tanto su cuerpo flotaba en el aire, con un silbido espumoso, que le apartaba de la masa en descenso.

* * *

Zoy, tras unos momentos de aturdimiento, flotó en el aire de Marte, aún a considerable altura. La suficiente para no ser visto por posibles seres de aquella jungla púrpura que tenía a los pies… en la que se sumergía definitivamente la nave espacial de la Tierra, con un sordo chapoteo en tina gran extensión fangosa.

El coronel al servicio del Gran Xeram respiró hondo. Se había librado de la suerte que esperaba a todos los demás, fuese esta cual fuese. Ahora podía remontarse, volar independientemente, mientras hubiese energía motriz en su equipo personal de salvamento.

Es lo que hizo, cuidando cautamente de no ser descubierto. Pero, a su vez, sin moverse demasiado del paraje donde cayera la nave misteriosamente herida…

Así, poco más tarde, le fue posible descubrir la extraña legión azul que, abriéndose camino en la selva, se movía como una larga y ondulada sierpe tornasolada, hacia los rojos pantanos en donde cayera la nave cósmica…

Una luz de inteligencia, de maligna astucia, centelleó en el fondo de sus heladas pupilas.

—Ahora lo entiendo… —silabeó Zoy para sí—. Existen seres vivos ahí. Vivos… e inteligentes. Hombres azules. Quizá no todos

sean azules. Quizá no. Y, de ser así, al Gran Xeram le conviene saber esto lo antes posible. Conviene aniquilar todo peligro que pueda surgir contra nosotros. Todo…

Accionó su resorte de vuelo. Se alejó, hendiendo el aire, como un extraño pájaro sin alas, sibilante y ligero.

Sabía adónde tenía que ir. Sabía lo que tenía que hacer.

Y el coronel Zoy no perdía el tiempo. Nunca lo había perdido. Ni siquiera cuando era comandante. Ni cuando aún no era nadie, salvo un subordinado ambicioso y sin escrúpulos, capaz de traicionar a cualquiera, con tal de subir a lo más alto…

La selva púrpura quedó atrás, entre las brumas marcianas, más allá del desierto de rojas arenas cristalinas. Pero Zoy volvería pronto. Muy pronto.

Kwor había tenido razón.

* * *

El capitán, atónito, parpadeó frente a su visita.

—¿Hombres, azules ha dicho, coronel?

—Sí, eso dije. Hombres escamosos, al parecer. De color azul, capitán.

—Pueden ser «tritónidos». Se ha comprobado que existe la especie de hombre-pez en Marte —suspiró el oficial—. Pero veo difícil que se relacionen con los seres extinguidos en este planeta. Es una raza salvaje, encerrada en sus junglas y en sus lagunas, y que difícilmente tiene trato pacífico con nadie. Los investigadores dicen que existen, pero lo cierto es que apenas nadie los ha visto.

—Yo los vi, capitán. Y urge ir allá a aniquilarles.

—Pero, señor, eso es imposible —jadeó el capitán—. Habría que aniquilar toda la selva, la Zona Tenebrosa del planeta, que tiene millas y millas de extensión.

—No hará falta tanto… por el momento —rio Zoy—. Quiero que se aniquile una zona concreta, no demasiado amplia. Una zona donde tal vez suceda algo anómalo.

—¿Anómalo? También en nuestro planeta existían, salvajes, caníbales y todo eso, en un lejano tiempo. Eso no justifica una guerra y el destrozo de las selvas y bosques, señor.

—¡Es una orden, capitán!— rugió Zoy, furioso—. ¡Soy uno de los

militares directamente designados por el Gran Xeram de la Tierra, para actuar conforme a mi criterio en sucesos como este! ¡De modo que obedezca… y calle!

—Está bien, señor —el capitán tragó saliva—. Dígame lo que debo hacer.

—Haga una llamada general de alerta de todas sus unidades aéreas y terrestres. ¡En las próximas horas destruiremos esta selva con todo lo que contenga que esté dotado de vida!

—Pueden estar los pasajeros de la nave que usted ha citado, señor…

—No importa. Lo destruiremos todo. No se pueden correr riesgos, capitán.

El oficial le miró con fijeza. Luego, se irguió, resuelto. Meneó negativamente la cabeza, ante la sorpresa de Zoy.

—Lo siento, señor. Necesito órdenes directas de la Tierra para obedecerle en eso. Es una responsabilidad muy grave la que adopto al seguir sus instrucciones, especialmente estando la secretaria personal del Gran Xeram entre los ocupantes de la nave perdida…

—¡Estúpido!— rugió Zoy, convulso—. ¡Obedezca sin replicar! ¡Yo se lo ordeno!

—Le obedeceré en todo, señor. Excepto en una destrucción total, sin buscar a los viajeros. Si el Gran Xeram lo ordena directamente, lo haré. Solo así.

—¿Se ha vuelto loco?

—No sé, señor. Probablemente lo sería si, accediera ciegamente a eso —sostuvo con serenidad el capitán—. Ahí tiene un cosmoteletipo, señor. Comunique urgentemente con la Tierra. Si el Gran Xeram lo ordena, yo obedeceré.

—¡Maldito imbécil!— aulló Zoy, pálido de ira, mordiéndose el labio inferior—. ¡Ahora verá lo fácil que es recibir esa orden! Y, después, tendrá que darme cuentas de su actitud…

El capitán no replicó. Estaba pálido, pero firme. Caminó con él hasta el cosmoteletipo, y puso él personalmente el mensaje; luego Zoy firmó con sus cifras-clave, en mensaje directo y urgentísimo a la fortaleza del Gran Xeram.

Esperaron la respuesta. Zoy, ávido de humillar al oficial que osaba discutir sus órdenes.

La espera se prolongó. Zoy, nervioso, insistió en el mensaje a la

Tierra, con la máxima urgencia. La respuesta llegó al fin:

«Evite destrucción total. Vida Mizar Dolphin secretaria privada Gran Xeram en peligro. Gran Xeram no puede dar órdenes. Ausente Palacio Presidencial. Actúe con cautela.»

Era todo. Zoy, lívido, se encontró con la mirada risueña del capitán al terminar la lectura del mensaje terrestre.

—¿Lo ve, señor?— murmuró el oficial—. Era muy arriesgado obrar impulsivamente. Ahora, toda la responsabilidad es suya. Y yo me limitaré a actuar conforme ese mensaje señala…

Zoy encajó los dientes con furia. Era más de lo que podía tolerar. El capitán le había limpiamente ganado la baza.

—Muy bien, capitán —dijo duramente—. Usted gana. Se hará todo con prudencia, con serenidad, y no resolveremos nada. Presiento que existe un peligro contra todos nosotros dentro de esa jungla. ¡Y yo lo neutralizaré!

—Estoy a sus órdenes, señor. Pero recuerde que no habrá destrucción mientras yo sea jefe de mis fuerzas expedicionarias en Marte.

—Mientras usted sea jefe, evidentemente —rio con malignidad Zoy—. Ahora lo ha dicho, capitán. ¡Y eso, se terminó en este mismo instante!

Había alzado como al azar su pistola de cargas térmico-corrosivas. Disparó sobre el capitán.

Este pasó de la vida a la muerte con una enorme, infinita expresión de horror y de sorpresa. Su superior le asesinó fría, inexorablemente. La carga termocorrosiva desintegró en segundos la cabeza del infortunado.

Pero Zoy no se conformó con eso. Varios disparos silenciosos, de sibilante chorro de espuma térmicorrosiva, cayeron sobre el cuerpo del capitán. Poco después, ni cuerpo ni ropas quedaban allí.

Solo unas leves cenizas, como las pavesas de algo quemado. Unas pavesas que Zoy aventó con helada expresión, enfundando de nuevo su arma. Miró al vacío, a la nada, donde segundos antes existiera un hombre joven, consciente y firme en su deber.

—Imbécil… —silabeó—. Hubieras hecho carrera, de ayudarme conforme a mis deseos. Ahora, el buen capitán habrá desaparecido,

ignorándose las causas… Y, en su ausencia, yo, Zoy, coronel de Estado Mayor del Gran Xeram, me hago cargo del mando militar de la guarnición y destacamentos en esta región de Marte… ¡Las cosas se harán como yo disponga!

Soltó una leve carcajada. Su mirada fue a la distancia, al horizonte, tras el cual, se hallaban las frondas purpúreas de la selva marciana. Luego, pasó entre los edificios que un día fueran esplendorosa muestra de las urbes marcianas. Los mismos edificios y calles repletos de personas nacidas en Marte, sobre las que un día, Zoy y sus hombres lanzaron un alud de muerte nuclear irresistible.

—Ya no tengo miedo —jadeó entre dientes—. A nadie… ¡Esté quien esté en esa maldita selva, caerá bajo mi fuerza!

Se inclinó resueltamente hacia uno de los resortes de alarma general dispuestos en los destacamentos terrícolas en Marte. Lo presionó.

La llamada de movilización general a las tropas de guarnición en el planeta se extendió con rapidez.

Poco después, sería un enjambre de soldados equipados perfectamente, y una serie de escuadrillas de aeronaves militares, dotadas de los máximos adelantos, lo que se abatiría sobre la selva púrpura donde había desaparecido la cosmonave terrestre, donde se habían hundido los viajeros de la nave, y donde la mirada de Zoy había descubierto la presencia de la guerrilla azul…

Capítulo VIII

AL FILO DE LA MUERTE

LOS frutos eran jugosos y dulces. Calmaban el apetito y la sed en forma simultánea.

Pyrox negó con un movimiento de cabeza, cuando Alpha le tendió otra bandeja repleta de sabrosas esferas rosadas, de racimos de óvalos frescos y nacarados, de tallos dorados, repletos de néctar frutal.

—No, gracias —negó—. No necesito más. ¿O es costumbre dar un festín al que va a morir?

Alpha desvió los ojos. Se mordió el labio inferior. En torno suyo, la luz del día marciano era difusa, y producía reflejos nacarados y azules en el cristalino muro curvo de las viviendas de la «Ciudad Colgante».

—Perdona —susurró—. No es mi intención molestarte, terrícola.

—No me llames así —observó Pyrox—. Me haces sentirme raro. Como si fuese un ejemplar viviente distinto a ti. Y ese no es el caso. Somos humanos ambos, Alpha… ¿Es ese tu nombre?

—Sí.

—Alpha… Tienes nombre de letra griega, de estrella… Solo Dios sabe qué extraños acontecimientos cósmicos pudieron permitir el crecimiento de dos razas iguales en dos mundos distintos como los nuestros.

—Dios… También nosotros creemos en Él, terrico… Oh, perdona.

—No importa —sonrió Pyrox—. Llámame por mi nombre: Pyrox. Sí, te entiendo, muchacha. Tenéis fe en Dios… porque

también Él fue vuestro Creador y lo sabéis.

—Sí, eso es cierto… Pyrox.

—Ahora está mejor —sonrió Pyrox—. Lástima que no podamos ser amigos, Alpha.

—¿Amigos? ¿Tú y yo?

—Sí. ¿Tanto te sorprende?

—Tus gentes aniquilaron a las mías. Nuestros padres murieron defendiéndonos. Solo mi hermano Draco, Kwor y yo… sobrevivimos. ¿Cómo ser… amigos?

Pyrox meneó la cabeza.

—Escucha, Alpha. No pretendo salvar mi vida. Ni creas que tengo miedo a morir. Hay, en la vida, otras cosas que asustan más. Como el odio, el rencor, la mala fe y la ruindad de los hombres. De ciertos hombres, se entiende. Tú y Draco os habéis habituado, durante años enteros, a considerar culpable de lo ocurrido a toda la especie humana. Eso no es justo.

—¿Por qué no? Eran humanos, terrícolas, los que pulverizaron nuestras ciudades y mataron a millones de los nuestros.

—Ya lo sé. Pero eran seres envilecidos, monstruos de maldad, bestias sanguinarias que avergüenzan y llenan de horror a la especie humana. ¿Sabes que en la Tierra la gente ignora aún lo sucedido aquí?

—¡No, no puedo creerlo!— rechazó ella.

—Y, sin embargo, es la verdad. Así sucede, pequeña.

—Tú vienes de la Tierra. Tú sabías lo que nos sucedió, Pyrox.

—Yo sospechaba lo ocurrido, Alpha. Pero, hasta oír tu relato, no pude imaginar tanto horror. En la nave viajaba un hombre que fue responsable de la matanza. Uno de los que la llevaron a cabo. Pero las órdenes partieron directamente del Gran Xeram.

—¿El Gran Xeram? ¿Vuestro jefe supremo?

—Sí —silabeó Pyrox—. Un monstruo de maldad y de soberbia, pequeña. Pero no entenderías eso…

—Me gustaría creerte, Pyrox —sonrió dulcemente Alpha—. Me gustaría saber que tú… eres noble y digno, como mi hermano Draco y como Kwor…

—Gracias, Alpha —sonrió, palmeando suavemente su mano—. Eso es bastante, créeme. Es más de lo que tú imaginas…

* * *

—Ahora ya conoces nuestras culpas, Draco. No hemos cometido crimen alguno. Somos simples mujeres…

—Mi madre era una simple mujer —dijo Draco con firmeza—. La mataron brutalmente. Como a todos los demás.

—Lo sé, lo sé —suspiró Stella Dolphin, mientras su hermana Mizar se mantenía en silencio—. Podría decirte cuánto siento eso, qué horror experimenta uno al saber que seres de su propio mundo cometieron una vileza así. Pero no me creerías, Draco. De modo que no hablaré en ese sentido. Solo te pido que seas justo. Que no te dejes cegar por la venganza.

—No es venganza solamente, sino justicia. Vuestras vidas, por aquellas. Todavía es bien pequeño el pago de una deuda tan enorme.

—Sí, eso es cierto. Pero ten en cuenta que ni Mizar, ni yo, ni Pyrox, ni los demás viajeros de la astronave, tuvimos nada que ver con aquella matanza.

—Siempre decís igual. ¿Cómo creeros, si eran terrícolas los asesinos?

—No, nunca podrás creernos, Draco. Sería inútil discutirlo. Por eso te decía antes que no te ciegue jamás la venganza. Ser justo es hermoso. Ser vengativo, destruye la vida propia y la felicidad, Draco. Incluso en Marte. Incluso a ti…

Le miraba fijamente. Tan fijamente, que Draco se sintió turbado, pero sostuvo la mirada. Al final, Stella enrojeció y desvió los ojos, pestañeando. Difícilmente podía nadie soportar la mirada de Draco, el marciano arrogante y hermoso.

—Lo siento, Stella —dijo finalmente, irguiéndose—. La ley se cumplirá. Todos vais a morir.

—¡No quiero morir!— protestó Mizar, furiosa, revolviéndose—. ¡No tienes derecho a hacer esto, Draco! ¡Ningún derecho! ¡Marte es hoy una Colonia terrestre! ¡Ganaron una guerra, por despiadada que fuese! ¡Y ahora, el Gran Xeram es el amo de esto!

—Mizar, por Dios —suplicó Stella—. No hables así. Dañas a este hombre. Y no eres justa…

—¡Estoy harta de suplicar, de razonar con estos salvajes!— se irritó Mizar, crispada—. ¡Será preciso amenazar! ¡Escucha esto,

Draco! ¡Yo soy poderosa en la Tierra! ¡Yo soy la persona de confianza del Gran Xeram!

—¡Oh; no, Mizar, no lo digas!— gimió Stella, palideciendo.

Draco parpadeó. La escuchaba. Fija, calladamente. Su rostro endurecido era el de una estatua olímpica.

—Deja que tu hermana hable —pidió suavemente—. Es mejor así. Quiero saber la verdad. Toda la verdad. Sigue, Mizar.

—¡Vas a saberla, sí!— continuó la hermana mayor de Stella, con virulencia—. ¡Yo sirvo directamente al Gran Xeram! ¡En este momento, mi amo y señor, que es a la vez el amo y señor de la Tierra y los planetas, sabrá ya que corro peligro! ¡Enviará legiones para seguir destruyendo, para aniquilar todo vestigio de vida en el planeta, si es preciso!

—Mizar, por Dios…

—¡Nadie ha visto nunca al Gran Xeram, Draco, tal como lo he visto yo en sus momentos terribles y, a la vez, magníficos! ¡Es aterrador verle, con su rostro estirado, sus llameantes ojos, su nariz de halcón, su barbilla retorcida, su faz larga y siniestra, ordenando matar, matar siempre! ¡El Gran Xeram, con su túnica negra hasta los pies, con su capucha sobre su frente, como un monje terrible y temido! ¡Él dictará la muerte contra todos vosotros, Draco, ya lo verás!

Draco, impasible, escuchó las frases virulentas, apasionadas, de la hermana de Stella. Esta la escuchaba, entre asombrada y dolida. Parte de la propia soberbia y orgullo del Gran Xeram, junto al que servía lealmente Mizar, se había contagiado a esta.

—Ahora has sido sincera —habló lentamente Draco, con un suspiro—. Revelaste tu verdadero espíritu, mujer. Eres la ayudante de un asesino feroz, de un monstruo. Su brazo derecho. Debiste sentirte muy satisfecha cuando ordenó matar a todo ser inteligente de mi planeta, ¿no es cierto?

Mizar respiró hondo. Estaba muy pálida. Lentamente, parecía volver la serenidad a su exaltado ánimo. Denegó con la cabeza, hablando ahora con calma, con tono apacible:

—Lo siento, Draco. Tal vez me excedí al hablarte así— se excusó. Luego, añadió—: No, no estaba yo presente cuando ordenó matar. Debió de ser una orden directa a los jefes de escuadrillas cósmicas…

—¿Cómo saben ellos que fue el Gran Xeram quien les ordenó destruir?

—Tiene una voz inconfundible, Draco. Una voz chillona, estridente, que hiere los tímpanos y penetra hasta lo más recóndito del cerebro marcando las palabras… Nadie puede imitarla. Nadie podría nunca suplantar al Gran Xeram…

Draco asintió con un movimiento lento de cabeza. Luego, contempló a Stella, que lloraba en silencio. Meneó la cabeza y se dirigió a la salida de la celda cristalina y hermética en que se hallaban las dos mujeres de la Tierra.

—Lamento que esto suceda. Es una guerra que yo no empecé —dijo sordamente—. Y esa guerra sigue. Sigue para mí…

Era expresivo. Terriblemente expresivo. Mizar y Stella se miraron, desalentadas. Sabían lo que Draco quería decir.

Cuando se encontraron solas, Stella lo sintetizó con muy pocas palabras:

—No hay solución, Mizar. Ninguna…

Mizar se encogió de hombros.

—No pierdas la fe, Stella. Tal vez el Gran Xeram se entere… y nos salve la vida.

Stella apretó los labios. Dijo bruscamente:

—¿Sabes una cosa, Mizar? Si he de deber la vida a nuestro Gran Xeram… prefiero morir aquí, a manos de Draco…

—¡Stella!

Pero su hermana no le respondió, y Mizar también guardó silencio, turbada.

* * *

—¿A muerte, Draco?

—Sí, Kwor. No hay otra solución…

El hombre artificial estudió fijamente a Draco. Sonrió tristemente después.

—Siempre hay otra solución —dijo.

—No. Es mejor así. Yo dicté esa ley. Deberá cumplirse.

—¿Incluso… en ellas dos?

—Incluso en ellas, sí. ¿Por qué habían de ser distintas? Una sirve lealmente al Gran Xeram, lo ha confesado.

—¿Stella?

—No… Mizar —contempló a Kwor, ceñudo—. ¿Qué te pasa, mi querido amigo? ¿Por qué esas reticencias en tus palabras?

—No sé —rio Kwor—. Tal vez también los mecanismos se hacen viejos. Mis células electrónicas no trabajan demasiado bien. Estoy cansado. Y, cuando uno se siente cansado, gusta de la paz.

—¿La paz? Yo no empecé esto.

—Claro que no. No me hagas caso, Draco. Ya te dije que me hago viejo. Mi perfecta mente electrónica flaquea. Cree ver amor por todas partes.

—¿Amor?— se estremeció Draco.

—Sí —los ojos de Kwor estaban fijos en él—. Ese muchacho, Pyrox y Alpha. Tú… y Stella…

—¡No, no!— negó él, rotundo—. ¡Son terrícolas!

—Son hombre y mujer. Vosotros dos, también. Eso también cuenta. El amor entre dos mundos sería capaz de unir a estos eternamente, ¿no crees?

—Escucha, Kwor. Tu filosofía me aburre.

—Claro. Un robot no puede ser filósofo. Se supone que las máquinas solo repiten lo que se les ordena hacer. Solamente yo soy distinto. Una máquina que piensa, que habla, que razona, que siente… No sé, Draco. A veces he pensado en eso, y me digo que soy… como un contrasentido. De tan perfecto como me hicieron… casi soy un ser humano. Y eso no está bien.

—Dices tonterías, Kwor. Todos los robots de nuestra civilización eran perfectos. Una obra maestra que murió con nuestra raza.

—Sí, ya lo sé. Eso fue tal vez lo único bueno que sucedió entonces.

—¡Kwor! ¿De qué hablas? ¡Tú eres magnífico! Sin ti, esto no sería posible. Nos sacaste de aquel infierno, lograste convencer a esta gente, los «tritónidos». Y Alpha y yo sobrevivimos. Todo gracias a ti, Kwor amigo… Nunca me pediste nada por eso. Y, sin embargo, lo mereces todo.

Kwor asintió, despacio. Miró a Draco, pensativo.

—Nunca te pedí nada, es cierto —dijo el artificio de apariencia humana más perfecto que jamás existiera en el mundo—. ¿Sabes que esa es una buena idea, Draco?

—¿En qué sentido?

—Ahora, al fin, voy a pedirte algo. Tengo derecho, ¿no crees?

—Claro —Draco parpadeó, sorprendido—. ¿Bromeas?

—No. Hablo en serio. Muy en serio.

—Bien. Di lo que sea —le contempló, perplejo—. Lo tienes concedido, Kwor.

—¿Sea lo que sea?

—Yo no podría negarte nada a ti, Kwor.

—Gracias, Draco. Quiero la vida de esos terrícolas.

—¡Kwor!

—Perdona sus vidas. Es todo lo que te pido. ¿Ya te arrepientes?

—Kwor, ¿por qué me pides eso? ¿Por qué «eso», precisamente?

—Es mi único deseo. Puedes negarte, claro.

Draco respiró hondo. Le miró sin salir de su asombro, de su desconcierto. Furioso, finalmente, mascculló:

—Sabes que no lo haría. Prometí darte lo que pidieras. Fuese lo que fuese. Cometí un error. Ahora, cometo otro al acceder. Sea, Kwor. Tuyas son sus vidas.

Kwor sonrió. Inclinó la cabeza, murmurando:

—Gracias, amigo mío… Gracias. Espero que nunca te arrepientas de eso.

Avanzó hacia las casas habilitadas para celdas. Alpha se cruzó con él. Kwor le informó sonriente:

—Draco me ha concedido un deseo, pequeña: la vida de esos humanos…

—¡Draco!— Alpha miró con asombro a su hermano—. ¿Es cierto eso?

—Sí, hermana. Es cierto. Kwor es un robot muy sentimental. Espero que nunca tengamos que arrepentirnos de esta locura y…

Se detuvo Draco, sorprendido. Alpha, su hermana, estaba sonriendo radiante. Y, cosa rara, en sus ojos luminosos había una humedad tenue, unas lágrimas.

—Espero que esto sea el principio de algo maravilloso, Draco querido… —musitó con voz temblorosa—. Dios ilumine tus pasos en la vida desde ahora.

Corrió tras Kwor ágilmente. Draco la contempló, reflexivo. Movió la cabeza, con asombro.

—No logro entenderlo —confesó—. Creía que todos éramos felices odiando a esos seres… y solamente yo albergaba odio en mi

corazón. No lo entiendo…

Un instante después, la hilera de asombrados terrícolas emergía lentamente de las viviendas vítreas azuladas. Los hombres-peces de azul piel escamosa contemplaban la escena con asombro. Parecían aguardar alguna reacción de Draco, pero este se limitó a inclinar la cabeza y alejarse del grupo. Los «tritónidos» de Marte no debían comprender muy bien las reacciones del que, con los años, se había convertido en su joven y decidido jefe.

—Todo se lo deben a Kwor —dijo lentamente Alpha, señalando al hombre artificial—. Él hizo el milagro, amigos…

Pyrox, Stella y Mizar se volvieron hacia él. Le contemplaron, asombrados. El autómata sonrió. En realidad ninguno de los terrícolas sabía que estaban mirando un mecanismo perfecto, prodigioso…

—¿Cómo podremos agradecérselo, Kwor?— preguntó Stella dulcemente.

—De ninguna manera —sonrió él—. Amándose, tal vez. Siendo dignos del preciado don de una vida dada por Dios a sus criaturas. Con alma, espíritu, corazón.

Alpha le escuchaba. Nadie entendía a Kwor ahora. No podían entenderle. Ella, sí. El robot expresaba su íntima amargura por ser solamente eso: un mecanismo Un perfecto autómata, obra de prodigiosa técnica. Él era tan inteligente y tan sensible a las reacciones de los demás, que hubiera deseado ser como todos…

—Draco entró en razón al fin —dijo Mizar con lentitud—. Eso impedirá un desastre…

Aquella rotunda afirmación de la mujer fue como un contrasentido.

Apenas Mizar Dolphin acababa de pronunciar esas palabras, cuando se desencadenó la hecatombe en la selva púrpura.

Un terrible fragor llegó de los cielos, sobre la ciudad suspendida en la laguna de los «tritónidos». Estos, con chillidos, zambulleron sus cuerpos azules en el agua, vertiginosamente.

Se alzaron las cabezas, buscando la causa de aquel estruendo. Una nube de naves de combate terrestres, se desplegaban sobre la jungla. Allá, en la distancia, algo empezaba a provocar un fuego devastador y veloz en la frondosidad. Chispazos azules, por doquier, marcaban el estallido de cargas termonucleares concentradas de

activísima desintegración.

—¡Están atacando la selva!— gritó Alpha, muy pálida—. ¡Van a destruirlo todo!

—¿Eh? ¿Qué significa eso?

—¡Zoy, sin duda!— rugió Pyrox, furioso—. ¡Es Zoy!

—Y está haciendo justamente lo que yo me temía —remachó fríamente Kwor, con el rostro ensombrecido—. Destruir… matar… Nos aniquilará a todos, si Draco no hace funcionar la energía paralizante y ultra-magnética que posee…

Draco ya corría a uno de los edificios de la plataforma urbana sostenida en el aire por la energía de los «tritónidos», canalizada por Draco Tawr.

Justamente entonces, una granada azul centelleó en el aire, y reventó con un alud flamígero, helado y cegador, sobre la edificación que parecía ser la meta de Draco.

Este se contuvo, cubriéndose con ambas manos el rostro, para no ser deslumbrado. Emitió un grito ronco, desesperado. Hubo un estallido dentro del edificio vítreo… y toda la pequeña ciudad, sostenida por la energía ultra-magnética sobre la laguna, osciló, y comenzó a derrumbarse sobre la laguna…

—¡Estamos perdidos!— aulló Draco, convulso—. ¡Han destrozado la acumulación de energía! ¡Es el fin!

Ya la ciudad, con los dos marcianos, el hombre-robot y los cautivos terrícolas, se sumergía, entre oleadas de agua, en la laguna que existía bajo la suspendida plataforma urbana.

La jungla entera ardía, bajo un alud de fuego y de caos estremecedor…

Nuevamente, Zoy llevaba la muerte y la destrucción consigo.

Capítulo IX

LOS EXTERMINADORES

DRACO emergió, nadando como un Apolo sobre las aguas. Las gotas de líquido parecían resbalar por su broncínea piel sin mojarle. A grandes brazadas, nadó hacia la orilla, entre un caos de edificios destrozados, fragmentos de plataforma, cuerpos de «tritónidos» despedazados por el caos, y también de algunos terrícolas, muertos en la hecatombe de la pequeña ciudad colgada del aire-marciano por la energía recién destruida.

—Mi gran arma… —jadeó, furioso—. Mi única forma de luchar… el poderoso secreto, que debía salvarnos… perdido en un instante…

Buscó con mirada fiera. Eludió cuerpos sin vida, fragmentos del desastre. Y allá, entre un remolino, descubrió a Stella, nadando a la desesperada también. No lejos de ella, Pyrox nadaba también, furiosamente llevando a Alpha consigo, aferrada hábilmente.

Alpha había perdido el conocimiento. Sangraba por una herida en su frente. De no ser por Pyrox, hubiera estado ya en el fondo de la laguna. Draco nadó ahora en sentido opuesto, hasta llegar a Stella. Vio su carita lívida, desencajada.

—Mi pierna… herida —gimió, al verle, con un brillo de esperanza en los ojos—. No puedo… nadar…

Se hundía. Espumeaba el agua en torno suyo. Era un agua densa, metálica, como casi todo el elemento líquido en Marte. Draco aferró a la muchacha con firmeza. Logró remolcarla a tierra firme, en la orilla.

Por encima de sus cabezas rugían los motores a turbina de las

astronaves agresoras. La jungla era un mar de fuego azul, de estallidos violentos.

De nuevo el caos alucinante, sobre el suelo de Marte. De nuevo los hombres de la Tierra con el azote de su maldad y su violencia… Como nueve años atrás.

Muchas naves planeaban, posándose. Patrullas de hombres armados se movían diestra, velozmente, en dirección a ellos. Sus armas en ristre no auguraban nada bueno. Zoy y sus tropas les aniquilarían igual, al salir de la laguna.

—Otra vez los terrícolas destruyéndolo todo… —jadeó Draco, furioso— Y yo… llevo a tierra a una mujer terrícola.

Miró a Pyrox. También él llevaba a tierra a su hermana Alpha. Más lejos, vio a Kwor, ya cerca de la orilla. Y a Mizar, más allá, nadando furiosamente con todas sus energías…

Cuando llegaron, extenuados, el ataque aéreo cedía.

En realidad, la parte más umbría y frondosa de la jungla, era ahora un inmenso claro humeante, saturado de radiactividad, aplastado por las descargas nucleares de Zoy y su gente.

La nave capitana, donde sin duda viajaba el jefe se posó mansamente en el claro. De ella emergió Zoy, seguido de dos oficiales. Todos armados. Detrás, hombres, con traje espacial hermético, empuñaban armas electrónicas.

Iban a rematarles uno a uno. Draco, estupefacto, observó que dos heridos terrícolas alzaban los brazos pidiendo ayuda a sus compatriotas desde las aguas. Uno de los soldados de Zoy alzó el arma. Una ráfaga de luz azul hundió en la laguna los cuerpos abrasados de los dos terrícolas.

—¡Oh, no!— rugió, crispado—. ¡Stella tenía razón! ¡Ellos destruyen a sus propios hermanos! ¡Son asesinos!…

Pyrox, junto a la extenuada Alpha; él con Stella… Y, ante sí, Zoy y sus hombres, avanzando en abanico mortal.

Draco observó que aún quedaban matorrales y arboledas purpúreas. Cargó con Stella y corrió hacia allá en zigzag. Pyrox le siguió, con Alpha en brazos. Unos disparos térmicos de los hombres de Zoy no les alcanzaron. Pero la risa de Zoy llegó hasta ellos, envolviendo sus palabras:

—¡Moriréis todos, estéis donde estéis!… No tenemos prisa. Cuanto más lento sea vuestro fin, más divertido resultará…

Era monstruoso. Pero así era Zoy. Draco sabía que no existiría piedad para nadie. Stella, temblorosa, le miró con expresión muy dulce. Su rodilla izquierda sangraba.

—Gracias, Draco —susurró—. Lástima… que hayamos vuelto a defraudarte…

—No, Stella —negó él esta vez—. Ahora, no. Ahora, he visto la verdad… y sé que teníais razón. Hay terrícolas viles y feroces, pero ellos no representan a vuestra raza. Para mí, tú eres la Tierra, Stella…

—¡Oh, Draco!— susurró ella, rodeándole los atléticos hombros con sus brazos—. Saber eso… ahora, que vamos a morir todos…

Zoy y su gente seguían inflamando, con sus armas térmicas, las zonas de vegetación, buscándoles implacable, lenta, sañudamente.

Y de pronto…

—¡Mira eso!— rugió Draco—. ¡Stella, mira eso!

Stella, sin dar crédito a sus ojos, lo vio. Vio a aquel ser alucinante, emergiendo de la selva, como un demoníaco imposible. Enjuto, alto, de ceñida, brillante túnica negra hasta los pies. De caperuza igualmente negra, de rostro largo, lívido, de llameantes ojos, nariz halconada y mandíbula saliente… Horrible y dominador a la vez.

—¡No es posible!— jadeó Stella—. ¡Es… es…!

—¡El Gran Xeram! ¡En Marte!…— concluyó Draco, atónito.

* * *

Era el Gram Xeram. El amo supremo de la Tierra, el fanático demente, que gozaba con destruir. Aquella rara túnica se adhería a su cuerpo ciñéndose hasta los pies; el rostro largo y lívido, que parecía una carátula grotesca, bajo la capucha negra.

No venía con Zoy. Por el contrario, «iba» hacia Zoy agitando teatral, epilépticamente sus brazos y sus manos blancas, estiradas. Como una trágica, espeluznante, marioneta.

—¡Coronel Zoy!— su voz chillona y terrible lo estremeció todo. Mizar había tenido razón. Era una voz imposible de confundir. Helaba la sangre en las venas

—¡Coronel Zoy, le hablo yo! ¡El Gran Xeram, amo y señor de los planetas!

—¡El Gran Xeram!— aturdido, Zoy se detuvo en seco—. ¡No es posible!…

—¡Yo, el Gran Xeram!— repitió la carátula atroz—. ¡Coronel Zoy, adelántese solo! ¡Debo hablarle!

—Sí, sí —asintió Zoy, con un gesto a los suyos—. Esperad aquí. No sé cómo ha venido el Amo a Marte Pero, sea como sea, debo verlo. Nadie puede imitar esa voz. Es él…

Avanzó, con un fanático respeto en sus movimientos, que todos los demás también revelaban en su quietud. El Gran Xeram se erguía extraño, delirante, en medio de la jungla. Draco, Stella, Alpha, Pyrox, se mantenían como fascinados, fijas sus miradas en el extraño ser que se movía hacia Zoy.

Este emergió, arma en ristre. Se quedó parado, estremecido ante la espantable presencia del Gran Xeram.

—¡Señor!— masculló, respetuoso, pálido.

—Coronel Zoy, por su acción lo elevo a general —habló el Gran Xeram duramente—. Pero detenga el destrozo, o yo mismo pereceré aquí. Yo, el Gran Xeram en persona, corrí peligro de morir por ese ataque desorbitado…

—Señor, ¿cómo podía yo imaginar?…

—Está bien, está bien —cortó el Gran Xeram, con un ademán ampuloso. Señaló a los cuatro personajes inmediatos a él—. Lleva a estos prisioneros.

—Sí, señor. ¿Vivos?

—Sí. Más tarde, cuidaremos de ejecutar debidamente a algunos de ellos. Yo sé a quiénes…

Stella también lo supo instintivamente. Miró a Draco, sollozó… y se desvaneció, presa del terror y los nervios. Draco acarició serenamente sus cabellos. El arma de Zoy les apuntaba a todos. El hermoso marciano se irguió, fija su mirada en la figura extraña del Gran Xeram. Una luz de inteligencia destelló en el fondo de sus pupilas.

—Sí, vamos ya —pidió—. Será mejor que terminemos cuanto antes. ¿Puedo esperar el perdón para mi hermana, Gran Xeram?

—No —negó la chirriante, horrible voz del dictador supremo de la Tierra—. No hay perdón para los marcianos.

—Lo esperaba— encajó las mandíbulas. Miró con dolor a Stella —. Es la separación definitiva. Solo me consuela pensar que tú,

Gran Xeram, no serás capaz de matar a esa muchacha.

La risa larga, hiriente, del dictador, respondió a su pregunta.

—¿Por qué no?— chilló el Gran Xeram.

—Porque, por feroz que seas, nadie mata a su propia hermana fríamente.

Pyrox pegó un respingo, Alpha pestañeó, atónita. En cuanto a Zoy, estupefacto, contempló a Draco y luego al Gran Xeram, sin entender. Una mirada a Stella le hizo entender.

—¡Cielos! ¿Qué ha dicho?— gruñó Zoy, perplejo.

—El Gran Xeram —rio Draco, agresivo, ante la ira del personaje fantástico—. Un dictador temible y grotesco: *¡un disfraz para una mujer Mizar Dolphin!* Secretaria y jefe, dos personalidades en una…

* * *

—¡Mata, Zoy! ¡Mata!— aulló súbitamente el Gran Xeram con sus saltos alocados—. ¡Mata a Draco, ahora mismo!

Zoy, dominado su estupor, trató de obedecer. Alpha y Pyrox cerraron los ojos, impotentes para evitarlo. El grito de la muchacha, resultó patético:

—¡Hermano, hermano! ¡Asesinos!…

Zoy no disparó. A sus espaldas había emergido alguien. Una figura conocida de Draco, de Pyrox, de Alpha…

¡Kwor, el «robot»!

El leal Kwor, sigiloso e impasible, no tuvo nervios. No podía tenerlos, porque era un autómata. Llegó tras de Zoy. Le aferró por el cuello con ambos brazos. Zoy gritó. También el Gran Xeram.

El arma escapó de manos de Zoy, arrancada por la mano durísima de Kwor. Zoy era un luchador formidable, pero no podía hacer nada. Estaba en poder de un robot.

Su grito se ahogó lentamente. Cuando Kwor lo soltó, estaba amoratado, con la lengua fuera y los ojos ensangrentados. Muerto…

—¡Mataste a Zoy!— chilló el Gran Xeram—. ¡Muy fuerte eres, marciano! ¡Pero no podrás conmigo! ¡Soy invulnerable con estas ropas! ¡Ningún ser humano puede tocarme, maldito! ¡Yo llamaré ahora a los demás, y os matarán igualmente! ¡Venid, venid todos aquí! ¡Os lo ordena el Gran Xeram…!

Kwor miraba fijamente al dictador demoníaco. Draco,

repentinamente, sintió que se le erizaban los cabellos. Gritó roncamente, comenzando a moverse, para impedir que Kwor hiciera lo que estaba pasando por su mente:

—¡No, no! ¡«Eso» no, Kwor! ¡No…!

Era tarde. El Gran Xeram, confiado en su poder, haría dejado llegar junto a sí a Kwor. No pudo prever lo me sucedía. Y sucedió…

Kwor se abalanzó sobre el Gran Xeram. Este rió, con su voz espantosa:

—¡Morirás ahora! ¡Emito alta tensión, estúpido!…

—¡Kwor, amigo!— sollozó Draco, parándose en seco, ya incapacitado de evitarlo.

Y Kwor, el robot, cayó contra el dictador terrestre con una sonrisa triunfal. La descarga de alta tensión que emitió el cuerpo del Xeram por mil contactos, hizo estallar violentamente el cuerpo plástico de Kwor. Y con el cuerpo, las mil piezas precisas de su mecanismo prodigioso…

Un cortocircuito se formó sobre Xeram, cuando ya el robot rodaba por el suelo, desgarrado y con sus piezas desprendiéndose del perfecto engranaje interior, que Pyrox contemplaba estremecido, sin dar crédito a sus ojos…

El Gran Xeram rodó, envuelto en una chispa azul. Pyrox corrió a él. Se inclinó, comprobando que ya no había electricidad en su cuerpo. Rápido tiró de aquella funda o envoltura plástica que llegaba hasta los pies del dictador. Rostro, capucha, túnica y contactos de alta tensión… Todo era una simple funda, un envoltorio, un disfraz superpuesto.

Y, como dijera Draco, debajo estaba Mizar. La hermosa Mizar Dolphin, hermana de Stella. La «secretaria» del Gran Xeram. El Gran Xeram en persona…

Una mujer enloquecida, enferma mentalmente. Soberbia, inteligente, despiadada… Ahora, yacía sin vida, carbonizada por el cortocircuito que destrozó al bueno de Kwor, el hombre artificial…

Rápido, Pyrox tuvo una idea. Se aplicó con celeridad el disfraz flexible, plástico. Halló ante su nariz y boca postizas, una especie de amplificador de agudos tonos.

Cuando habló a las tropas de Zoy, irrumpiendo arma en ristre en el claro, veía a través de los falsos ojos llameantes. Al verle, se detuvieron, se inclinaron ceremoniosos.

Pyrox habló agudamente, con la misma voz que lo hiciera el auténtico dictador:

—Zoy era un traidor. Mintió, falseando mis órdenes. Volver a las naves. Él ya pagó su delito de traición. El Gran Xeram no perdona. Estas personas están bajo mi protección. Escoltadlas hasta la ciudad. Usted, teniente, queda nombrado jefe de la fuerza.

—¡Gracias, señor! ¡A la orden del Gran Xeram!…

Se retiraron, entre confusos y radiantes. Una vez solos, Pyrox se quitó con lentitud el disfraz. Avanzó hasta donde Draco, inclinado en tierra, examinaba los restos de Kwor.

—Era… un robot, ¿verdad? —susurró el periodista de la Tierra.

—Sí —había lágrimas en los ojos de Draco—. Le debo todo. Era el más perfecto robot que jamás se hizo. Creo que había llegado incluso más allá de la perfección mecánica. Sentía, amaba, era noble y generoso… A él le debieron ustedes la libertad. A él le debemos ahora la vida. Se sacrificó por todos…

Pyrox entendía. Contempló el cuerpo de plástico, desgarrado y sin movimientos. Dentro, piezas eléctricas, cables quemados, válvulas… Todo destrozado. Nadie podría nunca reparar aquello. No existía forma de dar nueva vida al robot aniquilado.

Estudió el rostro de Kwor. Parecía humano. Perfecto, suave. Murió con una sonrisa increíble. Feliz de darlo todo por sus amigos…

Dijo Draco, entre sollozos:

—Merecía ser mucho más.

Pyrox no dijo nada. Tuvo, sin embargo, la sensación de que Draco acertaba. De que aquel prodigio mecánico jamás se repetiría, de que fue como una obra perfecta del hombre, dotada de algo superior, de un soplo extraterreno.

Kwor había cumplido una hermosa misión en la vida. Hasta el fin de su existencia artificial. Eso era lo que importaba.

Pyrox dobló el disfraz del Gran Xeram: Plegado, cabía en un bolsillo. Contempló a la irreconocible Mizar. Luego, a la inconsciente Stella.

—Ella no tiene por qué saber nunca la verdad— comentó.

—No, claro —dijo Draco, acercándose ahora a Stella, con una pieza de Kwor en la mano: una pieza diminuta de electrónica. Quizá su corazón de laboratorio—. Ella no lo sabrá jamás, Pyrox. Gracias

por ayudarme en eso.

—¿Y ahora, Draco?— preguntó el periodista.

—Ahora, la Tierra encontrará a un hombre mejor para gobernarla. Nosotros podremos vivir, ser felices. Alpha y usted… Stella y yo… La Tierra y Marte. Al fin entendí la lección. Y es hermosa, Pyrox. Aunque cueste caro aprenderla…

Miraba la piececita diminuta de su querido amigo autómata, el bueno de Kwor.

Draco Tawr lloraba. Y Pyrox respetó ese llanto.

Porque ahora, él sabía también que aquel sueño de convivencia, de fraternidad entre los seres de la Creación, no importaba su origen planetario, había sido posible en su inicio, cuajado de promesas, gracias a un ser.

Un ser de plástico y metal, de corazón electrónico y mente artificial: Kwor…

—Descansa en paz, amigo Kwor —dijo sencillamente Pyrox, parándose ante el cuerpo del robot sin vida.

Y tuvo la impresión de que Kwor, desde su eternidad de quietud mecánica, podía escucharle. Y que la sonrisa de su faz plástica, era un poco para él, para todos los hombres de la Tierra. Para todos los hombres de Marte.

Para todos los hombres de buena voluntad.

FIN



LA MISTERIOSA LLAMADA
DE LOS ESPACIOS INFINITOS

EL INCREÍBLE PROGRESO
DE LOS SIGLOS FUTUROS

EL ALUCINANTE ARCANO
DE LA VIDA EN OTROS MUNDOS

La ficción científica le proyectará más allá de las fronteras de nuestro mundo, hasta las últimas galaxias y los mundos más diversos en

ESPACIO EXTRA

con los autores españoles de este género que pueden compararse dignamente a los maestros de la "science fiction" de todo el mundo.

Publicación mensual

Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 - BARCELONA

Precio: 8 ptas.